

# La Esfera

Año I \* Núm. 4

Precio: 50 cénts.



Blancura

Flexibilidad

# La espuma del

# Jabón

Gracia

Suavidad

Perfume

elegancia

Frescura

# Heno de Pravia



blanquea,  
suaviza y  
perfuma  
la piel

A. Ehrmann.

Año I

24 de Enero de 1914

Núm. 4

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



**SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS**

FOT. SALAZAR

Ilustre pintor valenciano, restaurador del Museo del Prado, que ha fallecido en Madrid el día 21 del actual  
Correspondiente de la Real Academia de San Fernando, poseía una primera medalla y había pertenecido a varios Jurados en las Exposiciones de Bellas Artes que se celebran en Madrid

# FUERO ANTIGUO

El movimiento feminista, por cuya virtud reclaman las mujeres derecho á practicar todas las carreras, á desempeñar todos los oficios ó empleos, á ocupar sitio en las academias, en los tribunales de justicia, en los parlamentos y en los consejos de ministros, es cuestión que agita los ánimos y entrechoca las opiniones, dando mucho que pensar á los gobernantes y no poco que hacer á los agentes de orden público. En un pie tienen á los últimos, las sufragistas inglesas y norteamericanas.

«Exigencias consiguientes al progreso mundial»—gritan los feministas—«locuras, desnaturalizaciones propias es ese, mal llamado, progreso»—vocean á pleno pulmón sus adversarios.

«¡Bien haya ese movimiento!—dicen muchos, á quienes me sumo—gracias á él podrán mujeres y hombres ser más dichosos, más compañeros en la vida»—«¡Mal hayan tan descabellados afanes!—responden otros, para quienes la mujer, fuera las del harén ó las del gineceo, no tiene otras misiones á cumplir;—si prosperan, adiós familia, adiós honestidad y adiós tontas que enjaular á mansalva».

Esto no lo dicen, pero lo piensan y lo temen. Los neutros, los que no se declaran francamente por los unos ó por los otros, creen que, aun siendo en parte razonables las pretensiones feministas, significarían, si llegasen á triunfar por completo, una innovación social peligrosa, algo así como el establecimiento de un fuero, que nunca, por naturaleza ó por ley escrita, disfrutaron las hembras.

A fe que no hay tal. Por lo que pleitean en nombre de todas las mujeres, muchas y muy reueltas de ellas, no es por el establecimiento de un nuevo fuero. Es por el restablecimiento de un fuero antiguo, tan antiguo, que casi coincide con la aparición de la criatura humana encima de la tierra.

Estoy por decir, que, al reclamar fuero igualatorio con el hombre, las mujeres se quedan cortas y no llegan donde llegar podrían, acordando sus pretensiones con los fueros que les otorgó la naturaleza y con los que el varón fué obligado á reconocerles en las primitivas edades.

Superior al macho tuvo que ser la hembra prehistórica en el albor humano, cuando aún no existía la familia; cuando la mujer, abandonada del varón, tras pasajero encuentro, había de recorrer selvas y montañas y honduras, sola, con su hijo reclinado en el brazo izquierdo, con el derecho prevenido al logro de la manutención y á la pelea con los monstruos.

Lo que el macho realizaba y vencía con los dos brazos, sin estorbo, ni traba algunos, realizábalo y vencíalo la hembra, estorbada por el peso del hijo. ¡Cuántas veces, con su criatura en cadera, huiría la trompa del mamut ó esgrimiría la rama, desgajada de un árbol, contra el oso de las cavernas!..

¿No es el que apunto signo indudable de la superioridad femenina?

Bien mirado, para descubrir tal superioridad, no precisa remontarse á la prehistoria.

Solas andan por el mundo moderno miles y



MISS ROSALÍA JONES

La «Generala» de las sufragistas norteamericanas, que, ataviada á usanza de peregrino tradicional, va á emprender una cruzada por el norte de los EE. UU.

miles de mujeres que pelean, con un hijo en brazos, contra los monstruos de la social zoología, mientras los padres de esos hijos se desentenden de ellos y campan á su anchura, como el más desahogado de los *pitecantropus*.

Por consecuencia lógica de esta superioridad femenina, fué la primera institución social el Matriarcado. La trajo la obligación de conservar los hijos, y nació por femenino impulso, al imperio de la más santa de las funciones, la maternidad, la que, en hombres y brutos, alianza, con cachos de la propia vida, la vida de las generaciones nuevas.

Y cuando la familia, tal como la conocemos ahora—salvando tiempo, necesidades y costumbres—vino á constituirse, lo hizo sobre una base de perfecta igualdad. Acaso, en lo que respecta á los hijos, por «gestarlos» y amamantarlos, tuvie-

ra la madre más prerrogativas que el padre. Si fué así, declaremos que los humanos prehistóricos aventajaban, en espíritu de justicia, á los históricos.

Tuviera ó no mayores prerrogativas la madre respecto del hijo en los hogares prehistóricos, que ello no está positivamente averiguado, y si lo está, lo ignoro, en los demás actos familiares, de igual á igual se trataban y conducían hembras y varones.

Juntos cazaban y pescaban; juntos aguzaban, para su defensa, las ramas de los árboles; juntos las fortalecían rematándolas con espinas de pescado ú astas de ciervo; juntos protegían á sus criaturas contra hombres y monstruos... La igualdad porque ahora luchan las mujeres, era ley de coexistencia en los períodos paleolítico, mesolítico y neolítico.

Ya ven los que hablan de innovaciones peligrosas y de fueros nuevos, si es viejo el fuero en pleito.

¿Cómo la desigualdad vino? ¿Cómo el varón se impuso á la hembra hasta convertirla en esclava? Cosa es que no hallé en libro alguno de los por mí hojeados.

Lo cierto es que la historia de la antigüedad es la historia de la esclavitud femenina.

El Jesús de los Evangelios alzó su voz toda poesía y amor en defensa de la mujer; malos intérpretes bastardearon esa voz, al hacerse eco de ella, y la mujer continuó siendo cosa, cuando no instrumento de pecado ó arma de Satanás. Ángel fué en los romances de caballerías; sierva en la realidad de los tiempos medios... Aún, aún en los actuales siguen tratándola como cosa muchos prójimos (es un decir) que se llaman y se creen civilizados.

Salir de esa esclavitud, más ó menos hipócritamente encubierta, es lo que—desechando ridiculeces—reclaman las luchadoras feministas. Reivindican su fuero natural. Se creen aptas para cumplir todas las funciones sociales y piden ejercerlas. Fuera parte las diferencias fisiológicas, quieren ser iguales al hombre; lo que eran cuando á la vez que el hombre se alzaron sobre la columna vertebral, para mirar de cara á cara al cielo, en el terreno cuaternario.

¿Por qué no reconocerles ese derecho? ¿Por qué no reintegrarlas en su pleno disfrute?

Por egoísmo debiéramos hacerlo los hombres. Más feliz será el hombre cuanto más sea su compañera la mujer que á su lado viva; cuanto más capacitada se halle para seguirle, para ayudarle, para comprenderle en sus ansias, en sus luchas, en sus ensueños.

Con estas mujeres, cuando el diálogo amoroso—siempre breve—concluye, puede seguirse hablando.

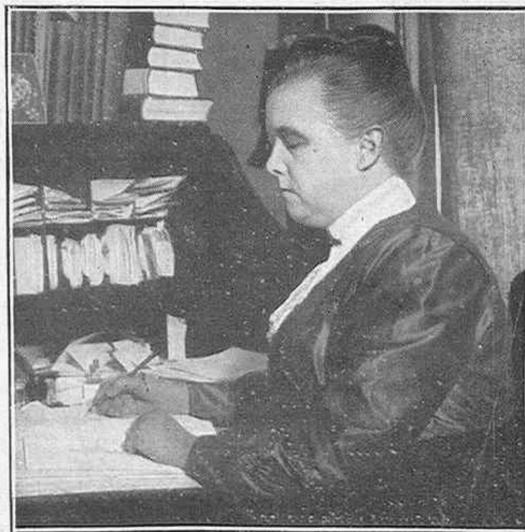
Con las otras...

¿Qué hacer con las otras cuando el diálogo de amor fina?

Queda el recurso del monólogo. Pero tal recurso es muy pobre. Se ha excluido hasta de las comedias.

¿Por qué no excluirlo de los hogares?

JOAQUÍN DICENTA



LA DOCTORA CATALINA BEMENT DAVIS

Criminóloga notable y directora del Reformatorio de jóvenes delincuentes de Bedford Hills en el Estado de Nueva York



CONDESA DE MOLITOR

Atrevida exploradora inglesa, que va á emprender sola un viaje de estudio á través del gran desierto Ruba-el-Khalite (sur de Arabia)

# LA EXPOSICIÓN MEDINA VERA



El restaurador de santos



El buen consejo

Después de una larga ausencia de España, reaparece Medina Vera en el Salón Vilches. Antes de marcharse á Buenos Aires, su nombre y sus obras eran siempre una bella actualidad. Pocos interpretaron como él la gracia, el desgarro y la alegría de las mocitas madrileñas, y la gravedad cómica de los chulos. Pocos, también, interpretaban con el acierto de Medina Vera los campesinos y huertanos de Murcia.

En Buenos Aires fundó una revista ilustrada que fué digna rival de las florecientes *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, y renovando su concepto del arte, no tardó en ser uno de los retratistas favoritos de la sociedad bonaerense.

Como Francisco Sancha, se ha dado en Medina Vera el caso de surgir un pintor del caricaturista. Acostumbrado á observar, simplificándoles, los rasgos personales, Medina les da ahora un verdadero valor de retrato.

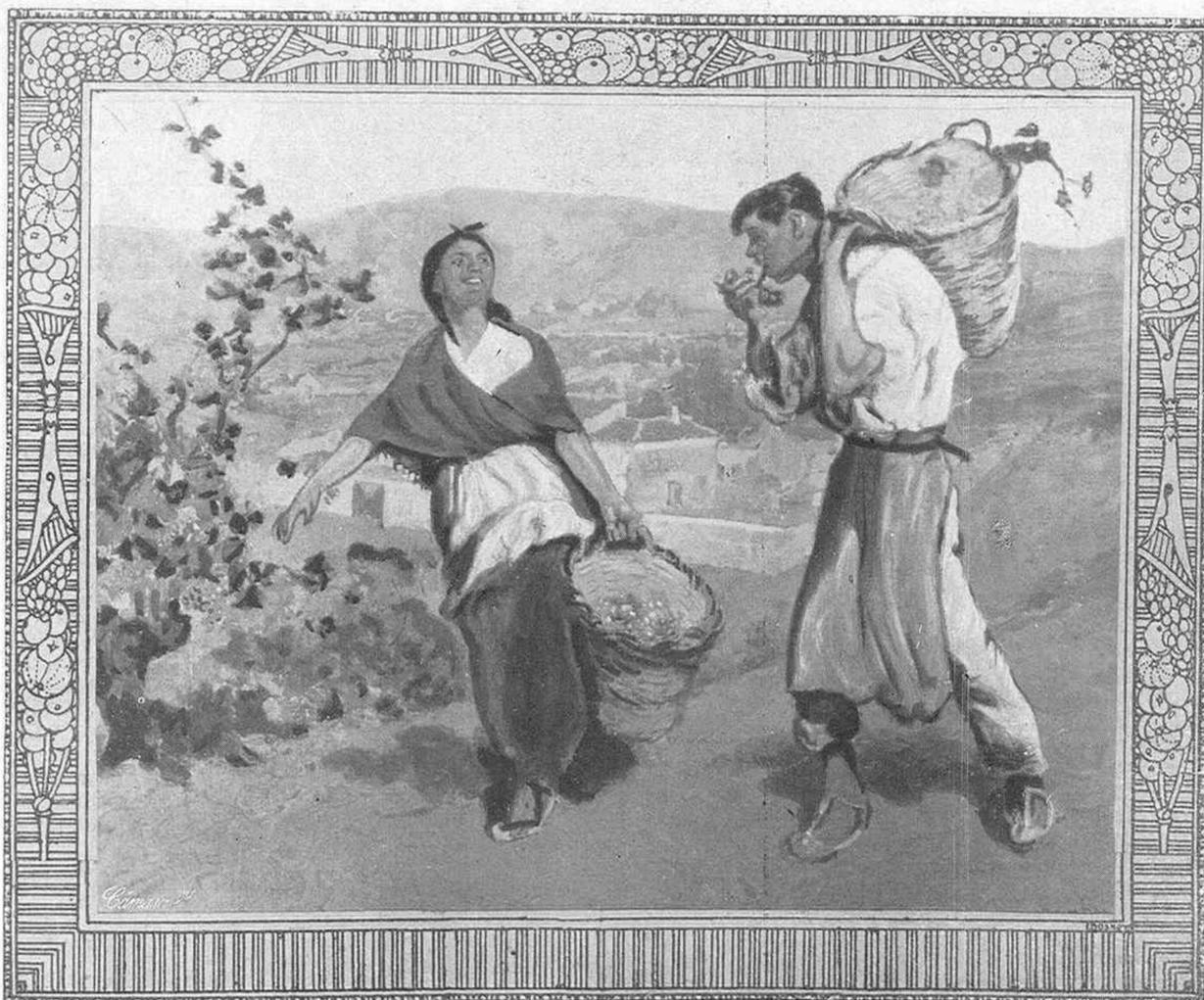
Finalmente, en estos años que Medina Vera estuvo fuera de España, amplió sus excelentes cualidades de coloris-

ta. Esta Exposición ha sido una sorpresa. Los procedimientos, los motivos inspiradores, incluso la orientación estética del notable artista, han variado. Hay lienzos que informa un españolismo zuloaguesco; hay apuntes fuertes, vigorosos á la manera de los dibujantes ingleses, y hay

—lo que es más extraordinario en Medina Vera— bocetos vaporosos elegantísimos, que parecen inspirados en los maestros del siglo XVIII: Bonheur, Fragonard, Watteau.

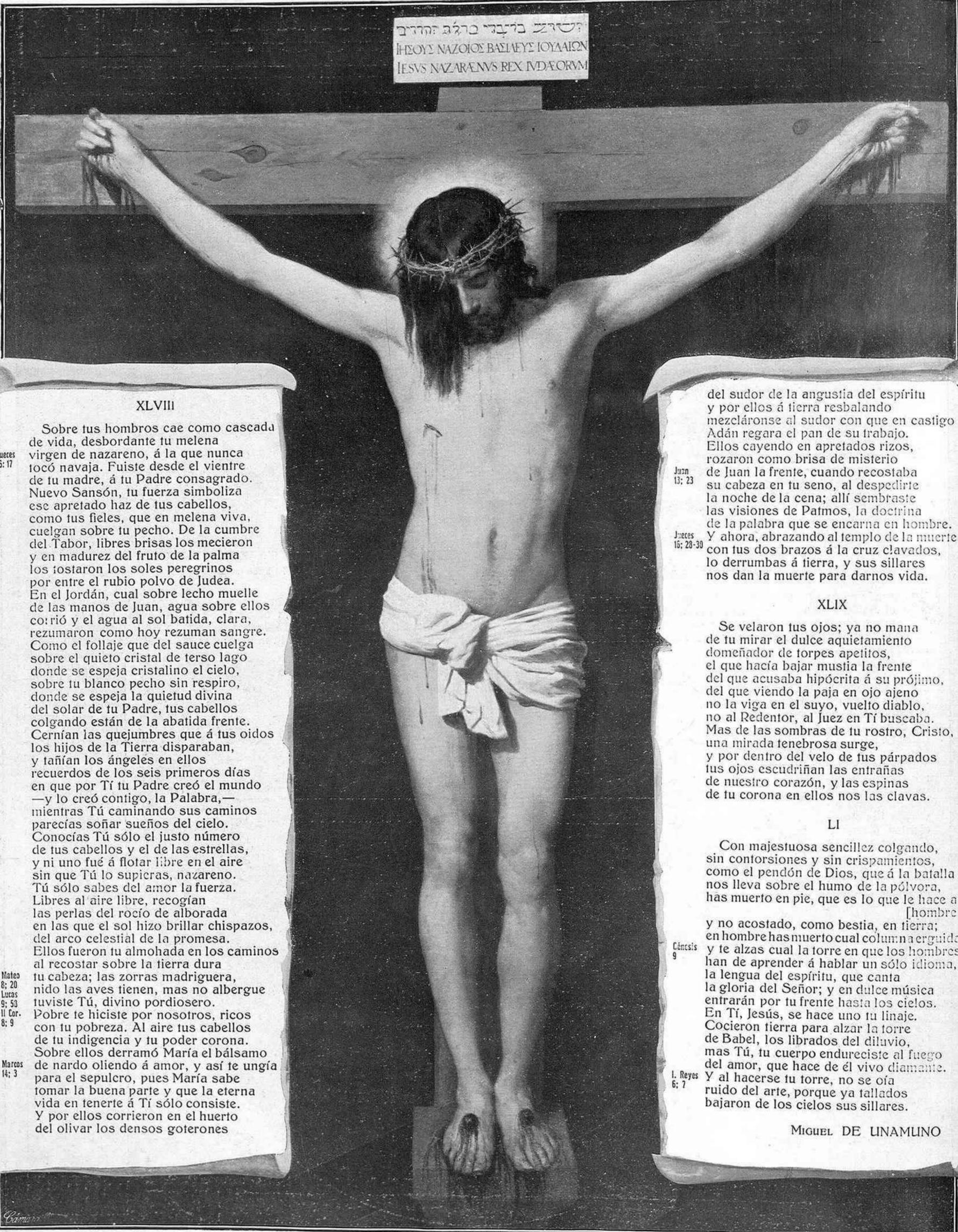
Claro es, que sigue pintando las gentes y los paisajes de su huerta murciana, y prueba de ello son los cuadros que reproducimos en esta página.

Pero también en este aspecto característico de su arte ha introducido una modificación originalísima: la de unir á la obra del pintor, la del metalista; es decir, ha unido la plata y el oro á los colores, y así se da, el caso de un cuadro donde el cielo es de plata, sin que por ésto desentone del acorde general de la obra. Por todos conceptos la Exposición Medina Vera resulta interesante.



La vendimia

# EL CRISTO DE VELÁZQUEZ



יֵשׁוּעַ בְּרִי עַלְמָא דְּנָצְרֵת  
 ΙΗΣΟΥΣ ΝΑΖΩΙΟΥΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΙΟΥΔΑΙΩΝ  
 IESVS NAZARANVS REX IVDÆORVM

XLVIII

Sobre tus hombros cae como cascada  
 de vida, desbordante tu melena  
 virgen de nazareno, á la que nunca  
 tocó navaja. Fuiste desde el vientre  
 de tu madre, á tu Padre consagrado.  
 Nuevo Sansón, tu fuerza simboliza  
 ese apretado haz de tus cabellos,  
 como tus fieles, que en melena viva,  
 cuelgan sobre tu pecho. De la cumbre  
 del Tabor, libres brisas los mecieron  
 y en madurez del fruto de la palma  
 los tostaron los soles peregrinos  
 por entre el rubio polvo de Judea.  
 En el Jordán, cual sobre lecho muelle  
 de las manos de Juan, agua sobre ellos  
 corrió y el agua al sol batida, clara,  
 rezumaron como hoy rezuman sangre.  
 Como el follaje que del sauce cuelga  
 sobre el quieto cristal de terso lago  
 donde se espeja cristalino el cielo,  
 sobre tu blanco pecho sin respiro,  
 donde se espeja la quietud divina  
 del solar de tu Padre, tus cabellos  
 colgando están de la abatida frente.  
 Cernían las quejumbres que á tus oídos  
 los hijos de la Tierra disparaban,  
 y tañían los ángeles en ellos  
 recuerdos de los seis primeros días  
 en que por Tí tu Padre creó el mundo  
 —y lo creó contigo, la Palabra,—  
 mientras Tú caminando sus caminos  
 parecías soñar sueños del cielo.  
 Conocías Tú sólo el justo número  
 de tus cabellos y el de las estrellas,  
 y ni uno fué á flotar libre en el aire  
 sin que Tú lo supieras, nazareno.  
 Tú sólo sabes del amor la fuerza.  
 Libres al aire libre, recogían  
 las perlas del rocío de alborada  
 en las que el sol hizo brillar chispazos,  
 del arco celestial de la promesa.  
 Ellos fueron tu almohada en los caminos  
 al recostar sobre la tierra dura  
 tu cabeza; las zorras madriguera,  
 nido las aves tienen, mas no albergue  
 tuviste Tú, divino pordiosero.  
 Pobre te hiciste por nosotros, ricos  
 con tu pobreza. Al aire tus cabellos  
 de tu indigencia y tu poder corona.  
 Sobre ellos derramó María el bálsamo  
 de nardo oliendo á amor, y así te ungió  
 para el sepulcro, pues María sabe  
 tomar la buena parte y que la eterna  
 vida en tenerte á Tí sólo consiste.  
 Y por ellos corrieron en el huerto  
 del olivar los densos goterones

Jueves  
16: 17

Mateo  
8: 20  
Lucas  
9: 53  
II Cor.  
8: 9

Marcos  
14: 3

del sudor de la angustia del espíritu  
 y por ellos á tierra resbalando  
 mezcláronse al sudor con que en castigo  
 Adán regara el pan de su trabajo.  
 Ellos cayendo en apretados rizos,  
 rozaron como brisa de misterio  
 de Juan la frente, cuando recostaba  
 su cabeza en tu seno, al despedirte  
 la noche de la cena; allí sembraste  
 las visiones de Patmos, la doctrina  
 de la palabra que se encarna en hombre.  
 Y ahora, abrazando al templo de la muerte,  
 con tus dos brazos á la cruz clavados,  
 lo derrumbas á tierra, y sus sillares  
 nos dan la muerte para darnos vida.

Juan  
13: 23

Jueves  
16: 28-30

XLIX

Se velaron tus ojos; ya no mana  
 de tu mirar el dulce aquietamiento  
 domeñador de torpes apetitos,  
 el que hacía bajar mustia la frente  
 del que acusaba hipócrita á su prójimo,  
 del que viendo la paja en ojo ajeno  
 no la viga en el suyo, vuelto diablo,  
 no al Redentor, al Juez en Tí buscaba.  
 Mas de las sombras de tu rostro, Cristo,  
 una mirada tenebrosa surge,  
 y por dentro del velo de tus párpados  
 tus ojos escudriñan las entrañas  
 de nuestro corazón, y las espigas  
 de tu corona en ellos nos las clavas.

LI

Con majestuosa sencillez colgando,  
 sin contorsiones y sin crispamientos,  
 como el pendón de Dios, que á la batalla  
 nos lleva sobre el humo de la pólvora,  
 has muerto en pie, que es lo que le hace al  
 [hombre,  
 y no acostado, como bestia, en tierra;  
 en hombre has muerto cual columna erguida  
 y te alzas cual la torre en que los hombres  
 han de aprender á hablar un sólo idioma,  
 la lengua del espíritu, que canta  
 la gloria del Señor; y en dulce música  
 entrarán por tu frente hasta los cielos.  
 En Tí, Jesús, se hace uno tu linaje.  
 Cocieron tierra para alzar la torre  
 de Babel, los librados del diluvio,  
 mas Tú, tu cuerpo endureciste al fuego  
 del amor, que hace de él vivo diamante.  
 Y al hacerse tu torre, no se oía  
 ruido del arte, porque ya fallados  
 bajaron de los cielos sus sillares.

Génesis  
9

I. Reyes  
6: 7

MIGUEL DE UNAMUNO

Fragments del poema leído en el Ateneo por el ilustre escritor D. Miguel de Unamuno

LA ESFERA

== NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS ==



**D. MIGUEL DE UNAMUNO**

Ilustre escritor y catedrático, rector de la Universidad de Salamanca

Dibujo de Gamonal

NUESTRAS VISITAS  
D. MIGUEL DE UNAMUNO

Sus primeras palabras • La residencia tiene su encanto • La celda de un cenobita • Primeras letras del Rector • Madrid le abrumaba • Cinco oposiciones • Unamuno, catedrático • Su primera lectura • Para el teatro • Algo de sus libros y algo muy sabroso sobre la enseñanza • Su religión • Juicios sobre los literatos y la literatura española • Será senador



D. Miguel de Unamuno en su habitación de la Residencia de Estudiantes

— Cuando apenas tendría diez años, me sorprendió agradablemente el bombardeo de mi pueblo — Bilbao — y digo agradablemente, porque no puede usted darse idea de una cosa más divertida para un chiqueto cuya inconsciencia no abarca el desastre... Vamos, tan tangible está entre mis añejos recuerdos este pasaje de la niñez, que á todos los chicos que yo aprecio, les deseo, como entretenimiento supremo, que bombardeen sus pueblos, ¡claro que no teniendo más que diez años!...

Estábamos en el dormitorio donde se hospeda D. Miguel de Unamuno, en la «Residencia de Estudiantes»... Esta hermosa institución está situada en la calle Fortuny. Es un hotelito de plácido encanto... Llamáis tirando de un cordón de hierro... En la lejanía, suena la campana... El maravilloso sol, os templea en la puerta mientras que esperáis. Una pulsera doncellita, vestida de negro, con su delantal blanco, que se ahueca almidonado, como las alas de una paloma, abre la verja... Entre fron-



Unamuno en una sala de la Residencia de Estudiantes

da de yedra, campanillas y adelfas que apasionadas trepan por todas partes, atravesáis el jardín por un paseito ondulante que os conduce hasta el edificio, elevado coquetamente en el centro del jardín. En vuestro camino os habéis tropezado con grupos de estudiantes mozos, que conversan, pasean ó discuten... Y enseguida, el cuarto del Rector de la Universidad de Salamanca, quien por no separarse de la loca y tumultuosa alegría estudiantil, hasta cuando viene á la corte, quiere convivir con ellos.

El dormitorio de D. Miguel, es la celda de un cenobita. La cama no es precisamente el cómodo y rico lecho de limoncillo ó de caoba, sino un pequeño catre de pino.

De la misma madera son las tres sillas y la mesita donde acaba de escribir D. Miguel una carta á López Ballesteros. Y completa el mobiliario de esta habitación, una percha; de ella está colgada la pelliza azul y el sombrero pavero de D. Miguel. Por una gran ventana que cae sobre el jardín, entra placentero sol y piar de pajarillos.

Unamuno está sentado frente á nosotros; sólo nos separa la mesita donde yo tomo notas; nos habla casi con soltura, á ratos, con rudeza, con virilidad, y es tan elocuente y tan nerviosa su charla, que, á veces, involucra asuntos distintos... Los dardos más agudos de su gallarda ironía, salen de sus labios con tan gentil ingenio y gracia, que nos hace reír... El, serio... serio siempre; de vez en cuando hace una parada y nos bucea al través de sus gafas de oro con una mirada vivísima, penetrando con sus negros y redondos ojillos de ave nocturna, hasta el rincón más recóndito de nuestra alma. Después, sigue hablando.

—En el Instituto de Bilbao hice el grado, y el año 80 vine á Madrid á estudiar; entré aquí llorando... Madrid me abrumaba... Recuerdo que fui á parar á la casa de Astrarena y allá, en mi modesto cuartillo, me pasé transido de amargura, las horas más tristes de mi vida... ¡Oh, no se me olvidará!... Preferiría morir-me á volver á la edad de los 16 á los 24 años. Es verdad que esa es la peor edad, la más peligrosa para el hombre: á esa edad nos acometen las preocupaciones de salud—todos creemos estar físicos,—crisis de creencias, disparates románticos, crisis de pubertad, los estudios, la aguda nostalgia del terruño, la opresión de la conciencia de nuestra insignificancia; en fin, mil destructores del alma; por eso casi todos los muchachos se malogran á esa edad; raro es el que consigue resistir los embates... Luego, para mí, vino el tiempo de las oposiciones á cátedras: ¡hice cinco!... Una á Psicología, Lógica y Ética, dos á Latín, una á Metafísica, y por último gané la de Griego.

—¿Quién presidía el Tribunal en la de Griego?

—Lo presidía Menéndez Pelayo, y formaba parte de él Varela.

—Sigamos con su juventud.

—Ya poco queda. Me casé en Bilbao; entré de catedrático en Salamanca el año 91, teniendo yo 27 años, y luego en 1901—¡no!,—en 1900, me hicieron Rector, y entonces comencé á explicar, además de *Literatura griega*, *Gramática histórica castellana*.

—¿Quiere usted decirme cómo acostumbra á dar clase?...

—De una forma absolutamente práctica. Yo no comprendo cómo un señor se queda tan satisfecho de sus alumnos, después de haberles colocado un discurso que no lleva más finalidad que entrenarse en la palabra. Esa forma de enseñanza tiene que desaparecer. Yo empleo el método de muchas traducciones y muchas lecturas y escrituras. Que el discípulo se convenza de que no hay más remedio que no quedarse atrás.

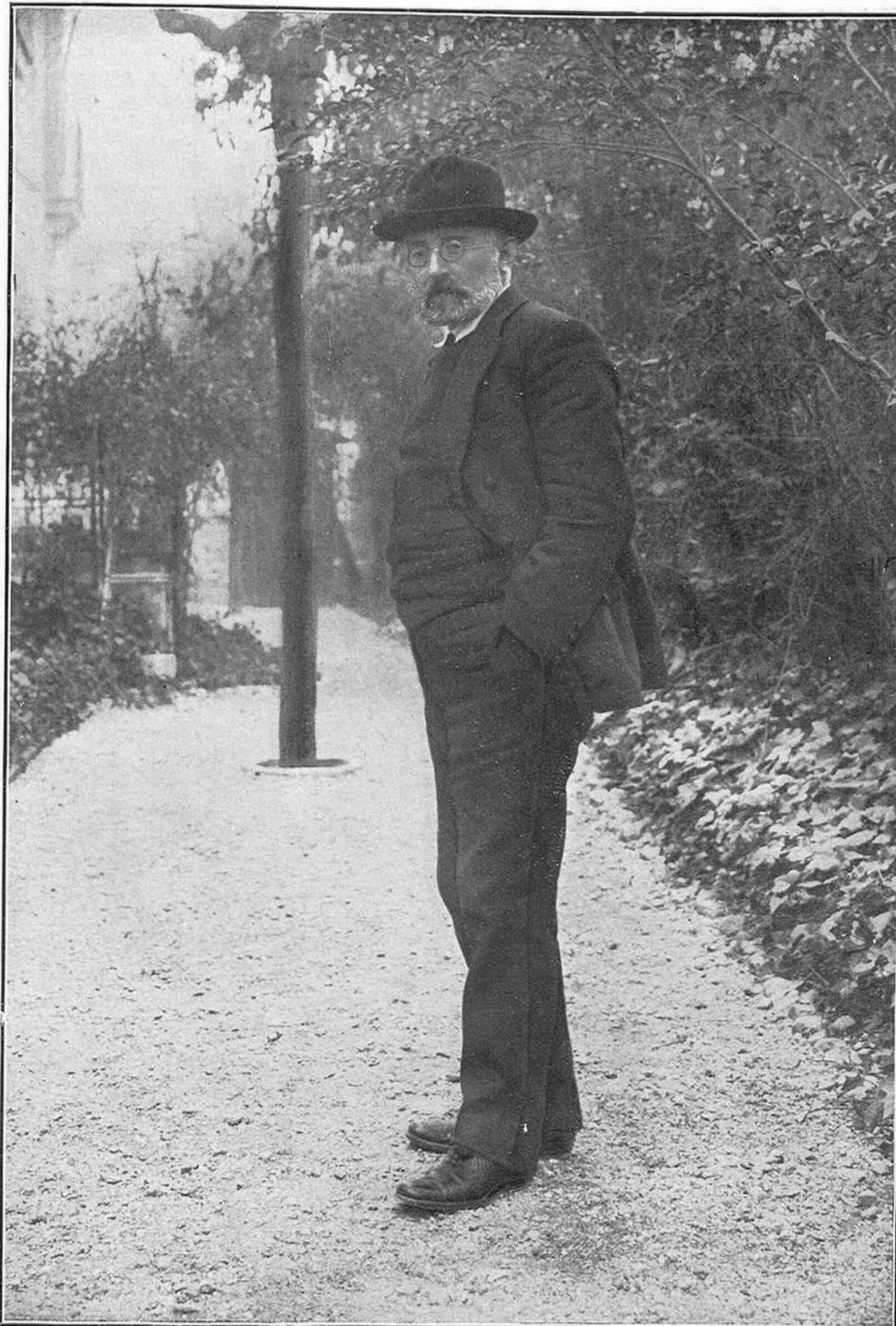
Hicimos un silencio; durante él ofrecimos un cigarro á D. Miguel. El lo rechazó, deteniendo nuestro movimiento con la palma de su mano.

—Gracias; no he fumado jamás.

Volvimos á nuestro interrogatorio.

—Y durante su juventud, D. Miguel, ¿fue usted ateneísta?...

—No, señor. Yo he ido siempre poco al Ateneo... Iba algo más, pero no mucho, al Ateneo viejo de la calle de la Montera. Y ¿sabe usted lo primero que leí yo allí? Un sermón que al pobre Eusebio Blasco le horrorizó y que fué muy co-



Unamuno paseando por los jardines de la Residencia de Estudiantes

FOTS. SALAZAR

mentado. Lo titulaba *Nicodemus el fariseo*.

—¿Es cierto que prepara usted obras teatrales?...

—Cierto. Tengo, para que la estrene la Xirgú, una tragedia griega con personajes modernos; se titula *Fedra*. Una cosa con la menos retórica posible; obra para que se defienda sin decorado y sin vestuario... Se la leí á la Guerrero y se asustó, porque aquí, en España, asusta el desnudo; en cambio, el desvestido no.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?...

—Unos quince. Ahora, en este trimestre, publicaré tres más: *Nieblas*, *El Cristo de Velázquez* y otro de Poesías.

—¿Le ha producido á usted mucho la literatura?

—La pluma no produce en España á nadie nada; yo suelo decir que con el dinero que me traen las cuartillas solo tengo para merendar.

—¿Qué opina usted sobre la enseñanza en España?...

—Eso de la enseñanza en España es una cuestión de ética. No creo que se tenga que legislar mucho, sino cumplir lo legislado... Que no se tomen las cátedras como trampolín para fines políticos. Allí, en Salamanca, yo me jacto de decir que, sin ser la Universidad modelo, es la más disciplinada de todas, donde hay más amor á la enseñanza y donde más se estudia. Allí, el profesorado es algo mejor y, por lo me-

nos, da clase diariamente. Y al que no, le reintegro la paga, como ya he hecho con dos. Así es que la cuestión de enseñanza no estriba más que en una cuestión de ética: cumplir y hacer cumplir con la obligación. Yo creo que el profesorado español no sabe mucho, pero si enseñara lo que sabe, ya nos podríamos dar por satisfechos. Por lo pronto, urge una selección de profesores; hay infinidad que están caducos; muchos, que están locos; otros tontos, y casi todos, como si se hubiesen muerto, porque no aparecen por la cátedra; y á esos hay que echarlos, por inercia, y traer gente que coma la ración, pero que dé vueltas á la noria. Si los estudiantes, en vez de ir á las huelgas sin objeto, sin finalidad práctica, fueran á la huelga cuando el profesor no les enseñase, entonces esos catedráticos no existirían.

—¿Me quiere usted decir cuáles son sus convicciones religiosas?

—Que ni yo sé en qué pienso ni en qué creo... Eso es un asunto del orden sentimental. Le tengo mucho miedo á ciertas cosas, y, sobre todo, á morir... Pero en cuestiones religiosas, no tengo gran empeño en llegar á una convicción; prefiero luchar.

—Pero una creencia determinada ¿tendrá usted?...

—No sé... no sé. Aquí en España somos católicos hasta los ateos... Yo, digan lo que digan, creo que tenemos ante la vista, para resolver, un problema religioso; no un problema de gobierno eclesiástico, sino estrictamente religioso.

—¿Es cierto que tiene usted proyectado un viaje á América?...

—Le diré á usted. Yo pienso ir; no sé todavía cuándo, pero cuando quiera que sea, iré con cierta seriedad, nunca en calidad de oso blanco, al precio de cincuenta centavos la entrada.

trada: Iré por mi cuenta y riesgo. ¿No le parece esto más serio?...

—En efecto. Y dígame usted, D. Miguel, ¿qué juicio tiene usted formado sobre la vida literaria en España?...

—Por lo pronto, que he adquirido la triste idea de que á la mayor parte de los literatos españoles lo mejor es leerlos y no tratarlos. Aparte de esto, es una cosa triste que las letras en este país no le produzcan al que las cultiva lo suficiente para vivir y tenga que estar á caza de un destino ó de un hueco en la política en vez de ilustrarse. Así no puede ser; por eso leemos á muchos que escriben con gran soltura y dominio y da lástima ver que no tienen cultura alguna... A mi juicio, en lírica estamos muy bien, en conjunto; es más, creo sinceramente que no haya habido época mejor.

Sonaron unos golpecitos en la puerta del cuarto, y la doncellita anunció á D. Angel Pulido. Entonces nos apresuramos á hacer al sabio Rector de la Universidad de Salamanca nuestra última pregunta.

—¿Vendrá usted por fin al Senado?...

—No lo sé... es posible; si me traen vendré; ahora bien, á lo que no me presto es á hacer elecciones.

Dijo, y salió á recibir al Dr. Pulido.

EL CABALLERO AUDAZ

## Un retrato de Felipe II, pintado por el Ticiano



Retrato de Felipe II, de España, pintado por el Ticiano, que figura en el Museo de Cincinnatti

El Ticiano tiene fama de ser el más grande de los retratistas que registra en sus anales de historia de esta rama de la Pintura. En el año 1550, hizo el retrato del Príncipe Felipe, que cinco años más tarde había de ser Felipe II, Rey de España. Lo pintó durante la estancia de aquel príncipe en Angsburgo, donde Vecelli Ticiano se contaba entre la servidumbre de Felipe. Tan gran pintor, recibía una paga por estos servicios, y quizá sean sus emolumentos a cambio del retrato que aquí reproducimos los *sesenta escudos de oro* que en uno de los documentos que se conservan en nuestro Archivo de Simancas, constan como recibidos por el artista el 19 de Diciembre de 1550.

La historia de este retrato de Felipe II, es tan curiosa como interesante. Juntamente con el de Francisco I, figuraba en la casa del Ticiano en Biri Grande, Venecia, al tiempo de la



VECELLI TICIANO.  
Que recibió sesenta escudos  
de oro por pintar el retrato  
de Felipe II

muerte del pintor, acaecida el año 1576. Pomponio Vecelli, hijo del Ticiano, malgastó bien pronto el patrimonio heredado, y hubo de recurrir á la venta de estos tesoros artísticos, que fueron á caer en manos de Christóforo Barberigo, descendiente de los duques y señores de Venecia. En poder de esta familia se conservaron en Padua, hasta hace poco más de treinta años, en que pasaron á ser de la propiedad del profesor Franz von Lenbach, que aumentó con ellos el valor del Palacio Borghese, de Roma. La viuda de Lenbach los vendió después á una casa inglesa dedicada al comercio de obras de arte, y de esta vino á parar el retrato de Felipe II, al poder de Sir Hugh Lane, que pagó por él muy buen precio. Una dama norteamericana pagó más tarde á Sir Lane, cuatrocientos mil duros oro por el cuadro, y al morir, lo ha donado al Museo de Cincinnatti.

LA ESPERA

FIGURAS DEL TEATRO



MERCEDES PÉREZ DE VARGAS

Bella y notable actriz del Teatro de la Comedia, que está haciendo una brillante campaña artística

FOT. VIERO

# ≡ De la elegancia ≡

Los hombres graves hablan de una decadencia artística general y hasta universal. No tenemos, según parece, grandes pintores, grandes poetas, grandes compositores. Las personalidades dignas de compararse a los maestros de antaño son seres excepcionales que aparecen cual fenómenos en medio de una mediocridad infinita. No tenemos escuelas, no tenemos grupos, no tenemos grandes corrientes fecundadoras y vivificadoras del espíritu y de las formas. Una especie de anarquía tranquila y burguesa reina en las artes como en las letras. El resorte supremo de las grandes épocas, el ideal nos hace falta. Y todos murmuramos:

—¡Triste tiempo!

Pero hay, indudablemente, un arte que lejos de decaer nos ha parecido durante estos últimos años más esplendoroso que nunca. Este es el de las elegancias femeninas.

No hay más que hojear uno de esos álbumes de colores que se titulan «La toilette á través de los siglos» ó «La evolución de la moda», para ver cuán deliciosos han sido los gustos actuales. Con un tacto exquisito, los señores «couturiers» parisienses, creadores de novedades mundiales, han ido, poco á poco, encaminándose hacia una sencillez helénica de líneas. En los púlpitos los predicadores han hablado de «paga-

nismo», de los trajes de nuestro siglo, y el mismo Papa ha lanzado sus anatemas contra los horrores de los trapos elegantes. «Esas modas —dicen todos los que hablan en nombre de una moral tradicionalista— son contrarias al espíritu cristiano.» Y á fe mía no se equivocan. Más que en los lienzos de los grandes artistas de la época moderna, las líneas generales del cuerpo femenino parecen ahora inspiradas en la estatua griega. Cada elegante es una figulina de Ta-



nagra que ondula divinamente entre finísimas telas que, sin deformarla, la envuelven como en una nube translúcida.

Pero ¡ay! esta gran era de la pureza, de la perfección, de la gracia y de la armonía, parece amenazada. Los señores modistos, reunidos en un cónclave, acaban de condenar á la sublime sencillez y de proclamar el santo advenimiento de las complicaciones.

Baudelaire dice:

«Je hais le mouvement qui deplace les lignes.»

Ahora bien, los movimientos que, según las teorías de la economía política, son indispensables para la vida de las industrias, son los grandes culpables del mal que nos amenaza. Por mo-

ver algo, los pontífices de la costura están dispuestos á cometer el más grande, el más inicuo de los crímenes, un crimen de lesa belleza, un verdadero sacrilegio. Esas altas siluetas ondulantes y ligeras que nos han encantado durante años enteros, esos divinos talles sin inútiles adornos, esos corpiños nítidos, esas gracias de ninfas, esa sencillez pagana, en una palabra, comienza ya á trocarse en un «fouillis» de tules, de encajes, de pliegues y de buches, que convierte á la estatua viva en una muñeca animada. Ante la vista tengo los seis modelos de las seis casas más importantes de París. ¡Cuán diferentes estas parisienses así ataviadas, de las que, ayer no más, nos seducían con sus finas siluetas! La primera dama vestida por un mago de la rue de la Paix, según el evangelio nuevo, parece, literalmente, una figura de carnaval con sus enormes volantes en forma de campanas, con su cuello á lo María Stuardo, con su levitón lleno de pliegues y con sus mangas amplísimas. Ya sé que esto es una fantasía exagerada, un modelo para señoritas de «chez Maxims» y para señoras de «te-tango». Pero, lo que es fantasía hoy, no está lejos de convertirse en realidad mañana. Los otros trajes, aunque menos «voyants», tampoco tienen nada de armoniosos. Uno de ellos es ancho de las caderas y estrecho de los hombros, de modo que hace una figura de pirámide; otro está tan lleno de espirales, que más parece una cortina envuelta en un maniquí que una obra de arte; otro, en fin, se compone de una túnica fruncida y de una blusa arrugada. El conjunto de la página que contiene estas novedades, en una



Y otro «artista», explicando los secretos de esas extraordinarias amplitudes que se descubren en las faldas de los últimos figurines, dice á una dama curiosa:

—¿Cómo podremos llegar á dar esta impresión de amplitud de las caderas? ¿Nos serviremos del aro rígido ó nos inspiraremos en el estilo persa? ¿Es en realidad á los persas á quienes debemos ese movimiento ondulante de las caderas? No lo creo. ¿Por qué habíamos de ir á inspirarnos en Oriente, cuando tenemos delante todos los estilos netamente franceses, para proporcionarnos ejemplos é ideas innumerables? Seguramente puede encontrarse una nota persa en la túnica de tul mantenida rígida por un aro y con franja de perlas. ¿Mas, pueden considerars-



dispensable crear una liga para defender la santidad de la línea pura contra los atentados del mal gusto... Y que él haya cambiado, no nos extraña. Un hombre, puede equivocarse. Pero ¿cómo las mujeres jóvenes y esbeltas, las deliciosas parisienses que conocen el secreto de no engordar, las ninfas vaporosas de nuestro siglo, han podido inclinarse ante el dictado de los señores costureros?... Que éstos tengan un empeño no artístico sino comercial en cambiar el gusto para que todos los trajes de la estación pasada sean inútiles, se comprende. Que ellas acepten el cambio se comprende menos. Porque en definitiva daña á su belleza.

En nuestra época en que hay ligas para defender á los caballos, á los perros, á los gatos, á los gorriones; en que los municipios prohíben que se pongan letreros en el campo para no perturbar la paz de la naturaleza; en que los monumentos históricos son considerados como reliquias; en que todo lo bello, todo lo armónico y todo lo puro constituye la parte más preciada del patrimonio humano; en nuestra época de mutualidad y de solidaridad, ¿cómo no pensar en leyes que defiendan á la mujer contra las fantasías criminales de los modistos, de estos autocráticos modistos de rue de la Paix? Si yo tuviese el honor de ser diputado ó senador, riesgo no absolutamente improbable, propondría un texto legislativo que dijera:

Artículo único. Queda prohibido á los costureros profanar las divinas formas del cuerpo femenino.

E. GÓMEZ CARRILLO



palabra, es algo ridículo y también algo triste. ¿Por qué—nos preguntamos—por qué estos señores que se llaman á sí mismos artistas y que realmente han merecido tal nombre durante más de un lustro, caen ahora en obcecados y desagradables alardes de originalidad? Ya sabemos todos que el gusto cambia y que cada cambio tiene su gracia, su distinción, su encanto. En tiempo de nuestras abuelas, la crinolina parecía á los más sutiles poetas una cosa deliciosa, y nosotros mismos hemos conocido las célebres mangas «gigots» que dan al busto una deformación polichinesca. Pero ¡ay! para protestar justamente contra esos caprichos era para lo que habíamos dispuesto convertir la costura en un arte.

—Puesto que sois artistas—decíamos á los modistos,—de hoy más tendréis un amor de la línea pura y rítmica que os guardará de las tentaciones grotescas.

Y ellos respondían:

—Nuestra única religión es el respeto de las delicadas ondulaciones del cuerpo femenino.

Sólo que todo esto era un engaño. Apenas la nueva moda ha aparecido con sus exageraciones, ya no hay modisto que no esté orgulloso con sus fantásticas innovaciones. Uno de ellos, interrogado, dice:

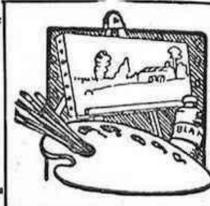
—Este año nuestras elegantes no llevarán un traje ceñido, por nada del mundo. Hay que tener formas parecidas á las de las estampas orientales, en las que vemos á las odaliscas de enormes pantalones bombachos y de chaquetillas estrechas.

como persas los huecos sobre las caderas, que son de la época de Luis XV, adoptados y modernizados? ¿Y cuándo adornamos la parte alta de una falda de un ancho repliegue de seda, en el cual se incrustan motas de terciopelo, y hacemos destacar la silueta delgada que aparece inmediatamente debajo, no pensamos ante todo en la línea masculina del tiempo de Francisco I, con las calzas huecas y rígidas, de las cuales salían las piernas, envainadas, por decirlo así, en una malla ceñidísima? Nuestra nueva moda tiene un abolengo histórico muy noble.

Y esto lo dice muy seriamente uno de los más admirables modistos parisienses, uno de los que, hace apenas dos años, juraban que era in-



# EL PINTOR DE LAS MUJERES CECILIO PLÁ



En los lienzos, en las ilustraciones periódicas, en los apuntes ligeros, nerviosos, plenos de gracia espontánea de Cecilio Plá, ha venido asomando durante quince ó veinte años la mujer española. Pocos pintores contemporáneos han interpretado con más rendido homenaje de apasionado, la figura femenina: lo mismo las valencianas con sus típicos y vaporosos trajes, que las damas elegantes de la Corte, ó las pintureras modistillas y las gallardas mozas del pueblo bajo, envueltas en sus vistosos pañolones de Manila. Recordemos también que las protagonistas de las obras de Valera, de Galdós, de Palacio Valdés, de Octavio Picón, fueron llevadas por Cecilio Plá del libro á las planas en color de las revistas. Ha consagrado pues, su arte, á reflejar la mujer contemporánea de la vida y de la literatura. Y es curioso sorprender al pintor de mujeres en un momento de intimidad. Descansa su mirada del trabajo y contempla á sus dos hijas, las mujercitas futuras que tendrán la espiritual gracia de las adorables figuras que hicieron popular el nombre de su padre.

FOT. VILASECA

# EL ESTUDIO DE CECILIO PLÁ



Los discípulos de Cecilio Plá pintando del natural una figura de pasiega

EL estudio del autor de *Lazo de Unión* sorprende un poco al visitante que imaginara entrar á uno de esos museos donde los maestros de fines del siglo XIX, ha resumido su vida artística.

El estudio de Cecilio Plá es un taller de trabajo. No hay oros de cornucopias, de viejos estofados, de relicarios, ni incluso de marcos de cuadros. Sólo el oro del sol entra por los amplios ventanales. No hay en muebles, armas, lienzos, tallas y esculturas el espíritu del pasado, ni la evocación fastuosa de los siglos hundidos ya en la sombra. Pero en cambio está la alegría de la juventud.

En torno del maestro valenciano bullen muchas gentiles y simpáticos muchachos. Todos se cubren con largas blusas de trabajo; todos tienen en las



Cecilio Plá pintando el cuadro que presentará en la próxima Exposición

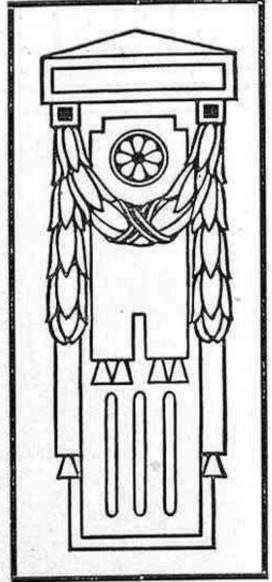
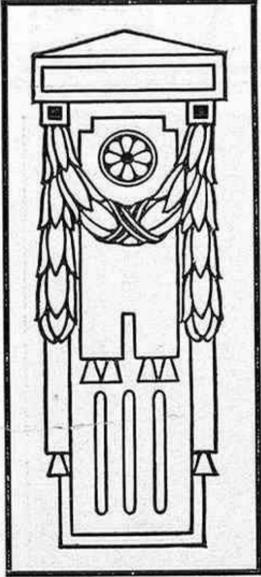
FOTS. VILASECA

pupilas la emocionada ansia del porvenir; pero hay algo que distingue á unos de otros: la técnica, el procedimiento de su arte que habrá de servir para las obras futuras.

Porque la característica de Cecilio Plá es el colectivismo que preside su enseñanza. No es profesor que influye sobre sus discípulos, no les impone su estética. Al contrario: procura dejarles en libertad la retina y el temperamento. Tal debe ser la misión de un profesor; encauzar, realzar los instintos y las inspiraciones, en lugar de neutralizarles, imponiendo los suyos propios.

Así se explica que del estudio de Cecilio Plá hayan salido pintores como López Mezquita, que es una de las más justas y legítimas glorias de la pintura mundial, y como el malogrado Francisco Posada.

APUNTES DEL NATURAL



ENTRE Cecilio Plá y sus discípulos existe una semejanza que hay que hacer notar en esta información: el amor á los apuntes; á esas notas fáciles tan movibles, tan luminosas, que constituyen lo mejor de la obra total del maestro.

Quizá sea Cecilio Plá el pintor español que más apuntes haya hecho. En su estudio, en su gabinete de trabajo, en todas las habitaciones de su casa, los apuntes llenan las paredes. Hay cientos, miles de ellos. Son notas opusísimas donde la luz y el color de momentos fugacísimos quedaron fijadas de un modo genial y seguro.

En las pinacotecas de todo el mundo figuran apuntes de Cecilio



Plá. Los aficionados ingleses y alemanes que visitan su estudio, los prefieren á los cuadros, sin que por ello desdeñen los cuadros mismos. Actualmente Cecilio Plá trabaja en un lienzo que seguramente será muy celebrado en la próxima Exposición de Bellas Artes.

No nos autoriza á hablar de él. Únicamente ha permitido la indiscreción de la fotografía. Pero podemos afirmar que en ese lienzo pintado con una gran sinceridad, con un exquisito y refinado sentimentalismo, está palpante, en toda su agilidad técnica, el arte personalísimo de este pintor siempre juvenil y siempre entusiasta de todas las audacias artísticas.

"Una valenciana", apunte de Cecilio Plá



Los discípulos de Cecilio Plá tomando apuntes del natural en la terraza del estudio. El maestro revisando los trabajos FOTS. VILASECA

LA ESFERA

□ ARTE CONTEMPORÁNEO □



GENCO  
BIBLIOTECA  
MADRID

**TIPO DE MUJER PORTUGUESA**  
Uno de los últimos cuadros del ilustre pintor Cecilio Plá



Jóvenes patinando en el estanque del Palacio de Cristal, del Retiro, durante la nevada del día 17 del actual

FOT. SALAZAR



Cámara 1912

FOT. LUX

## FANTASÍA

UN pintor, un músico, un poeta. Tres amadores de la belleza, nostálgicos de un ideal de arte y de amor. Unidos por iguales ansias, por un estrecho lazo misterioso, caminan a la conquista del espíritu, tocadas las palpitantes sienas creadoras por un rayo de luz.

¡Quién sabe su destino! Bohemios de la vida, pasan sobre la tierra con un noble pensamiento en el cerebro y una bella canción en los labios. Van por el mundo a la rebusca de tradiciones y leyendas, y de aires de sentimiento y de emoción para orear su frente.

Vienen del país de los Nibelungos, y han visto a los gnomos blandir sus doradas piquetas; han pasado por los patios y salas de la Alhambra, y han dormido entre los muros cuajados de filigranas y de encajes; han descansado en las orillas del Bósforo, y han soñado bajo la placidez de las noches de luna; han cruzado las selvas con Ruskin, y han recogido los rumores de las frondas y han descifrado el secreto de las ruinas. Así el pintor sabe poner en su paleta una gama de brillantes colores; así el músico traza sobre el pentágono mil notas ideales, y así rima su canción el poeta, vibrante de belleza y emoción.

Las buenas hadas han besado la frente de los tres escogidos, despertándoles en el alma la intensidad de una vida de sensaciones y de ideas. En pleno campo montañoso ahora, sienten la nostalgia del Arte, entre un susurro de hojarasca agitada por ráfagas sutiles.

Hablan...

ooo

—Frente a la majestad de este paisaje, tengo el secreto de todos los colores. La luz resbala sobre mi paleta, dejando sus tronos transparentes como de ámbar. A su caricia se abren ante mis ojos horizontes amplios, henchidos de doradas visiones. El sol me da su lumbrer en haz de rayos que besan y fecundan; la luna me ofrece su tristeza de mujer soñadora, y el cielo azul, constelado de estrellas, es para mí un fanal bajo cuya luz fulgen los sueños.

Estas altas montañas y estas selvas bravías, el verdor de estos campos y el transparente lecho de estos ríos forman lienzos inmensos repetidos de figuras que se agitan ondulando sus policromos trajes al viento de la tarde.

A la revuelta del camino se halla la ermita abandonada, de parduzca silueta, que encierra entre la herrumbre de sus muros deshechos la fervorosa tradición de una raza; en lo alto del monte que se desdibuja a lo lejos, bajo girones de brumas, está la casa del viejo mayorazgo,

cuya historia se guarda en las arrugas de antiguos pergaminos y rancias ejecutorias.

En todo esto, multicolor y soberano, palpita la majestad de mi arte bello. De mi paleta al lienzo pasarán la hermosura del paisaje ó la melancolía del ambiente con el febricitante colorismo de Fortuny ó la solemne austeridad de Rosales.

Todo lo veo. Mi pensamiento evoca los genios inmortales. Por el campo desierto, bajo un cielo sombrío, pasa como un espectro una figura doliente: es un recuerdo de Rembrandt. Allí, con aire trágico, dura de líneas y con el rostro atormentado, se advierte una figura: es una visión del Greco. Bajo un clamor popular, con pintoresco sabor de vida plebeya, se dibujan los héroes de Goya. Y entre el pasar y pasar de mil visiones, hay bufones de Velázquez, matronas de Rubens y figulinas de Wateau.

Lo tengo todo, en este beso amante que se dan, a la aurora, la luna y el sol.

ooo

—Yo también tengo en todo la armonía.

De los altísimos peñascos baja rodando el viento bramador y rugiente. El soplo enorme sacude los brotes tiernos; azota el ramaje, que se estremece violento, y arrebatada los pétalos en raudos torbellinos. De los pomposos árboles arranca con sacudida de ventisca el rico fruto, verde en su alborar y áureo en su plébrica madurez. Pasa sobre las selvas, como una nota sonora y amplia sobre la trama orquestal. Un rugido de tempestad se levanta furioso; flota un momento en el aire como una frase desgarradora de angustia, y se pierde a lo lejos buscando las rompientes del mar costero.

Las nubes cárdenas se rompen en granizo que caen con brillo deslumbrante. A este fragor los pájaros levantan su rápido aleteo, mientras la tierra se torna blanca, toda blanca, sin proporción, sin líneas, sin contornos. Y bajo la armonía gigantesca, se oye una melodía suave y tierna, con la serenidad y la dulzura de una voz sideral. Apasionada y mansa, se asemeja al acorde de un arpa pulsada en el silencio de una noche de ensueño. Hay en sus notas cadencia de llanto, ritmo de frases sedientas de infinito. Oid. Viene desde muy lejos un rumor extraño. Igual parece el del viento que gime en los maizales, que el de la vida susurrante que cuelga sus espumas en la roca esponjosa formada por los siglos con millares de crustáceos y moluscos.

Es la canción nacida en estos valles, bajo las nieblas invernales que bajan de los montes; la

copla lánguida que se detiene en el callejo, al pie de la casuca montañesa. No es trágica como la andaluza, reveladora del estado de un alma que se abrasa en celos, eterna evocadora del dolor y la muerte. Es vieja, sentimental y primitiva, como forjada en los yunques de este pueblo. Tiene en sus versos la poesía de los bardos del Norte; sabe a dulzor que no empalaga; suena a rumor de labios que se besan.

Es la copla de las montañas y los valles cántabros, cuyos sonos me dan los ecos de la selva al rugir con el soplo del viento que baja de lo alto ó al gemir con las caricias de las auras que pasan.

ooo

—Todo canta. El cielo azul, que tiñe el sol con fulgores de incendio, y la tierra dormida, impregnada de aromas dulcísimos, como vertidos de quiméricas alquitaras.

Tiene el espacio la palpitation luminosa de millares de estrellas; la tierra, el cruce de los ríos, en cuyas aguas cristalinas, se bañan las hadas. En el espacio, la luna solitaria vierte melancolías y tristezas; en la tierra, suena el mar levantando la armonía grandiosa de sus ondas. Arriba, los satélites rodando en lo infinito; abajo, la brizna entre el húmedo césped de los campos, la simiente escondida en el caliente surco y los corales y las perlas en los palacios de cristal del mar soberbio. En todo, la canción de la vida que aclama a Dios.

Yo, poeta, también quiero cantar. Puedo hacer de mi pluma buril que labre la fastuosidad de un mármol ingente ó la menuda filigrana de un bajo-relieve. Mi estrofa puede ser arquitectural ó alejandrina, ó tierna y sencilla como amoroso madrigal. Los campos me dan flores, que puedo deshojar en lluvia a los pies de mi musa. Una dulce emoción baña mi espíritu y sube el pensamiento a las alturas, como un águila de sereno volar.

En mi canción, retumbarán los ecos de estos montes y el estrépito de estos mares bravíos, y sonarán los rumores de estos valles hondos y tranquilos, que mecieron la vida de una raza. Alguna vieja de noble catadura me contará en sosiego, al amor de la lumbrer, la historia de estos pueblos humildes, escondidos como nidos de pájaros, y la fe de los hidalgos caballeros de traza velazqueña, extinguidos en el eterno rodar de las costumbres y los tiempos. Alguna bella zagala, me hará su confidente de lides amorosas, con honestas palabras y galanos decires...

Todo canta...

José MONTERO

LA REALEZA ESPAÑOLA

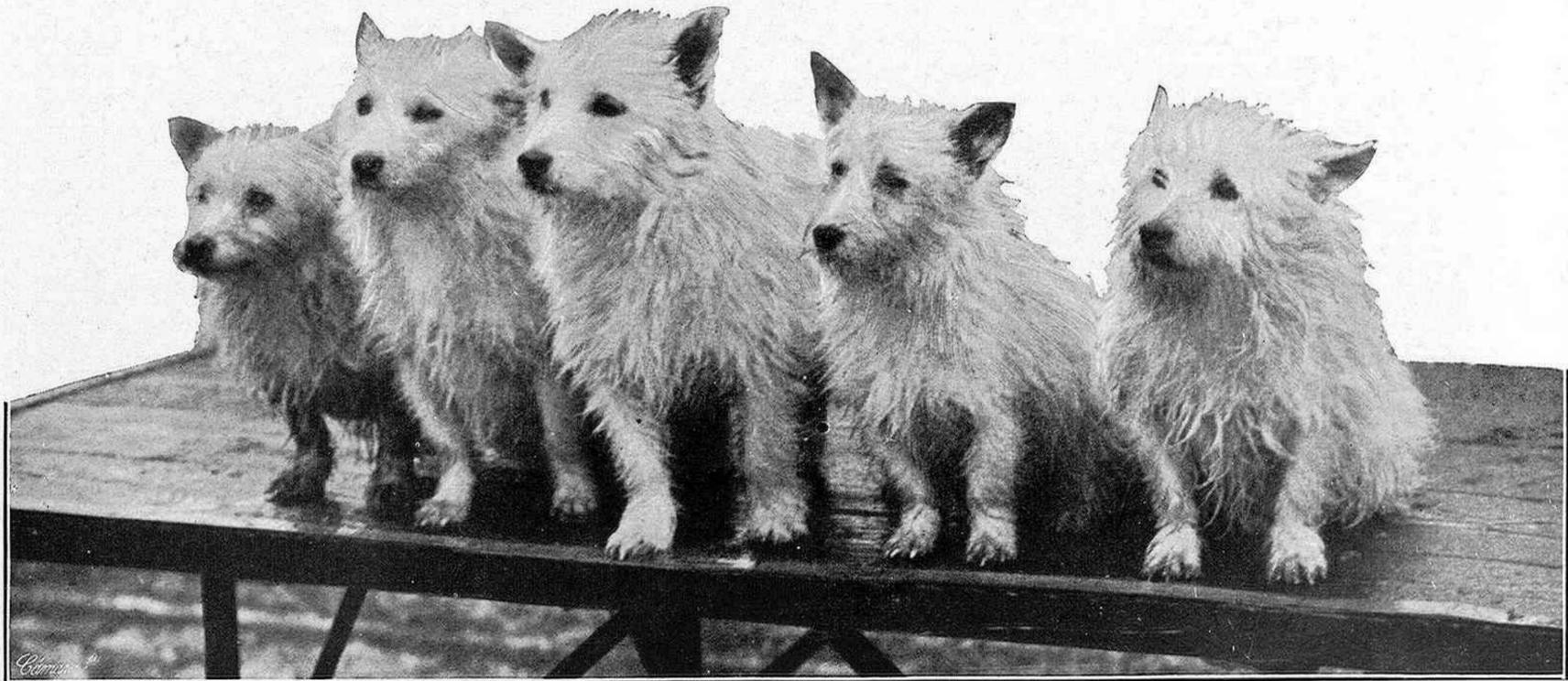


BIBLIOTECA  
MAY 1935

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII  
Cuya fiesta onomástica se ha celebrado el día 23 del actual

Dibujo de Gamonal

# Exposiciones de perros



Cinco "terriers", de pura raza, que han sido la nota saliente de la Exposición celebrada en Poltallock

FOT. HUGELMANN

Dos curiosas exposiciones caninas se están celebrando en la actualidad en el extranjero. Verifícase una de ellas en Poltallock, Inglaterra, y está constituida exclusivamente por *terriers*, propiedad de un coronel del ejército británico, quien cifra su orgullo en que su jauría descende directamente de los famosos perros que acompañaban en todo momento al rey Jaime I, de Inglaterra. Los *terriers* del coronel Malcolm son de un hermoso color blanco plateado, conseguido á fuerza de costosas y repetidas selecciones. Premiados en cuantos concursos internacionales se han presentado, su aristocrático dueño, que lleva invertida una considerable fortuna en sostener y mejorar



Dos de los más hermosos ejemplares de perros de lujo presentados en la Exposición celebrada en Berlín

la histórica jauría, ha organizado ahora una exposición pública, que está siendo muy visitada.

No menos concurrida, por los aficionados, es la recién inaugurada en Berlín. Las notas salientes son los perros de caza y de lujo. Entre estos últimos llaman la atención algunos ejemplares de *bassets*, que por su pequeño tamaño, llevan las elegantes en el manguito.

Lo curioso de este certamen canino, es la presentación que de los perritos de lujo han hecho las elegantes damas alemanas. La mayoría han sido llevados á la Exposición en lujosas cestas y algunos en preciosas camitas vestidas de finas holandas y de costosísimos encajes.



Una familia de "bassets", que ha llamado la atención en la Exposición de Berlín

FOTS. TRAMPUS



Perros atigrados, que han figurado en la Exposición de Berlín

# LA DANZA Y LA HISTORIA



La danza viene evolucionando incesantemente en sentido artístico, mejorando su estética e identificándose cada vez más con el verdadero espíritu de las artes plásticas. A depurar la coreografía de sus máculas y corrupciones, apartándola tanto de las grotescas inexpressiones del baile italiano y francés, en el género de ópera, como de las obscenidades que una seudo reconstitución de la danza helénica, hubieron de introducir en los escenarios parisienses cuatro malos modelos de pintor, viene contribuyendo entre otras eminentes artistas, nuestra célebre compatriota Tórtola Valencia, que en sus danzas históricas, al reproducir líneas, actitudes y ritmos de las danzas y de la estatuaria antiguas, hace obra verdaderamente bella y educativa del sentimiento.

FOT. NOVELLA



Cofre donde se guardan los restos del Cid en la Catedral de Burgos

## CID CAMPEADOR

Quien de hierro fué, no tenga para sus restos guardar, sino arcón cerrado, siendo el adorno principal de los brazales, los clavos que honor á un tiempo le dan, pues resellando la nada afirman su majestad. Resumen de gloria, y prueba de que el tiempo no es capaz de dar su perdón de vida al que hace Dios inmortal, es esta arquilla, que encierra cuanto fué y es y será el invicto castellano Cid Rodrigo de Vivar. Aquí duerme el fidalgo que en venganza de un desmán, con la espada de Mudarra mató al Conde de Gormaz. Moros, venció en morería. No le rindieron jamás, ni en torneos, ricos hombres, ni la gleba al guerrear. Aparte de los de origen, limpios como cifra real, tuvo en su escudo, cuarteles que otro no pudo alcanzar. Si fué ilustre su abolengo, no fué grande su heredad. Tronos dió y no quiso tronos, y pudiéralos gozar; Dios, le hizo grande y humilde y él no quiso pedir más. ¡Vos, hijo de Diego Lainéz! ¡Vos, Rodrigo de Vivar! por quien las épicas trompas enronquecidas están, y alza orgullosa Castilla al firmamento la faz! ¡Vos, que dísteis al idioma su dureza de metal



Puerta del Monasterio de San Pedro de Cardena, donde estuvo sepultado el cuerpo del Cid  
FOTS. VADILLO

y sus dulces inflexiones con Jimena al platicar! ¡Vos, que á un tiempo fuísteis símbolo de amor y de lealtad, de deber y de bravura, nobleza y amor filial, y el hidalgo cuya sombra á la clara luz solar, y de noche, á la fantástica vaporosa claridad, se prolonga sobre España del Pirene á Gibraltar! ¡Sombbra augusta de Castilla! ¡Cid Rodrigo! ¡despertad! Mas nó; las evocaciones, harto inútiles son ya. Grandezas, que tales fueron, por serlo, no volverán. Altiva, enseña á los cielos sus torres la catedral sobre el ámbito de Burgos mostrando su majestad, y sus góticos calados, enigmas, letras quizá que hablan á los cielos, dicen enlazándose: «Aquí están, en viejo arcón encerrados sobre el muro secular, los restos de una leyenda que, hartó lejana, en verdad, no imponen recogimiento ni lágrimas de pesar, pues las grandezas, inspiran veneración nada más. Yo soy la santa pirámide, y la piedra tumular, y el soberano sepulcro que el arte, á los restos da, del ínclito castellano Cid Rodrigo de Vivar».

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

## LOS DEPORTES DE INVIERNO EN SUIZA



La práctica de los deportes de invierno se halla en su apogeo en Suiza, contribuyendo á ello especialmente la gran afluencia de turistas atraídos por las extraordinarias nevadas que ahora visten con alfombras de nítida blancura aquellas regiones. El día 23 del pasado Diciembre se inauguró la temporada de *bobsleigh* en St. Moritz y en Mürren, y tanta es la animación que hay por este deporte, que los partidarios de él forman cola en espera de su turno para descender por el resbaladizo suelo de nieve, no siendo cosa extraña ver entre los grupos de turistas, lo mismo robustos muchachitos recién salidos del colegio, que avisados cuarentones que viven en eterna juventud y no quieren despedirse de ella.



CUENTOS ESPAÑOLES

## LA REVANCHA



UN escalofrío recorrió sus desnudas espaldas —aquellas portentosas carnes que fueron mármol y ya no eran sino cera— bellísimas aún en su rosada transparencia, que emergía del rojo terciopelo del traje, recargado de pesados bordados bizantinos, como una flor de estufa turbadora y malsana.

Frio; hacía días tenía frío, siempre frío, como si la glaciación moral reflejase sobre la vida física, atenazando sus huesos y helando su sangre.

La calefacción del cuarto era de una arbitrariedad atrabiliaria. En primer lugar, la chimenea en que ardían un montón de leños, luego una estufa de petróleo y por fin, en un rincón, ¡un braseador!... La calefacción central que no funcionaba...

Todo se desmoronaba, se venía abajo. Era inútil luchar, batallar, debatirse desesperadamente; aquel frío que iba invadiendo el palacio, antes tan cálido y confortable, era un símbolo. El cuarto entero, pese á su suntuosa elegancia, daba la misma impresión de ruina, de catástrofe, de fin. Era, aquí la desconchadura de un marco; allí una porcelana rota: más allá una tela manchada que no había sido sustituida; en un chaflán de pared la marca de un Ticiano que hubo; al otro lado un hueco que ocupara un mueble de Boule... Y de todas aquellas ruinas, surgía ante el enorme espejo, que le decía una cruel verdad, aquella otra ruina, la ruina de la prodigiosa belleza que fué pasmo, envidia y codicia, acicate y cebo, arma y premio: Beatriz Carrión.

Alta, ondulante, de una elegancia suntuosa, estatuaria y liviana á un tiempo, alzábale moldeada en el traje granate que serpenteaba á sus pies agobiado de una asiática fastuosidad de oro y pedrería. Y en contraste con la sombra sangrienta del vestido, surgía la albura amasada con rosas de los hombros, y la blanca maravilla del cuello y el rostro de pureza escultórica y el dorado incendio de la cabellera y, sobre todo, la acuosa transparencia de los ojos verdes...

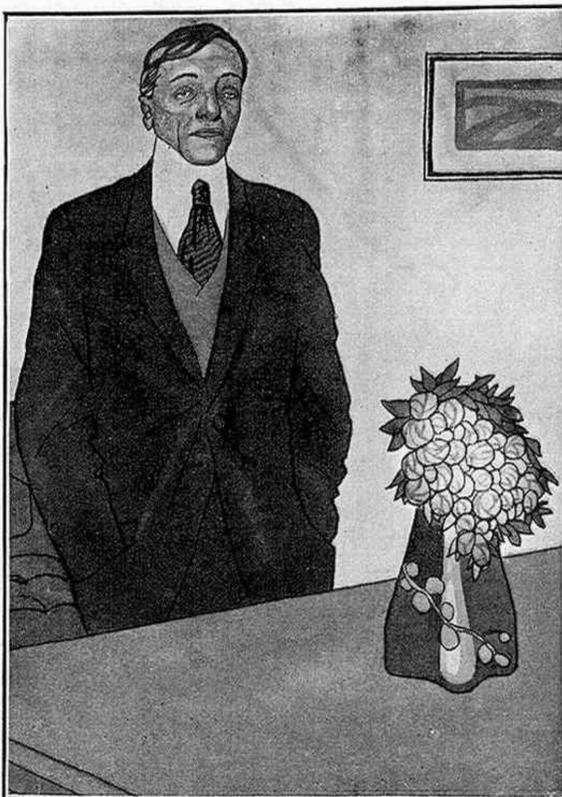
La condesa de Carrión de los Condes, sonrió tristemente. Todo aquello era el exterior, la fachada, lo que veían los extraños, pero ella, observadora perspicaz veía en el espejo implacable, la pata de gallo que se asentaba irónica, las arrugas que apenas visibles maculaban su boca y el cansancio que apagaba poco á poco el fuego de las pupilas sorprendentes.

Sin querer recordó una frase cruel que pronunció María Montaraz aquella tarde: «A los cuarenta y cinco ya puede una mujer permitirse dos lujos, el de ser fea y el de ser honrada.»

¡Cuarenta y cinco años! ¡Cómo pasaba el tiempo! Veintinueve años que habían huído como un cuento maravilloso de las «Mil y una noches».

Mientras que Fanny, la doncella, daba los últimos toques con una vaga ironía, la ironía del que conoce la verdad que corre calladamente bajo tierra. Beatriz evocaba en confusos remolinos de calentura, algunos hechos de su vida. Toda ella no había sido sino una batalla formidable para la conquista del nombre, de la posición y de la elegancia. ¡Y cuando era la hora de recoger los laureles, los enemigos tornaban de improviso y la aniquilaban para siempre! ¿Y dónde volver los ojos? Ni un amor, ni un cariño, ni una amistad, nada. Si, si, tal vez en un olvidado rincón de su alma, había la memoria de algo que no fué vanidad, ni interés, ni cálculo.

¡Marcelo! Rememoró la escena; hacía treinta años; tenía diez y seis y vivía en América. Su padre amontonaba millones, soñando con hacer de ella una de aquellas grandes damas que le deslumbraban cuando cogía colillas en las calles de Madrid. Ella, mal educada, dominante, caprichosa, no tenía más que una cosa; voluntad. Voluntad de hierro puesta al servicio de una ambición sin límites. Y en aquellas circunstancias, cuando ella soñaba con el Lord inglés, el Príncipe ruso ó el Grande de España, se había cruzado Marcelo en su camino. Recordó la escena: el muchacho, un empleadillo, colocado en la gran casa bancaria «Gutiérrez, Díaz y Compañía», se había declarado á ella. Era una tarde de verano en que hacía un calor atroz; Beatriz, á la sombra de unos árboles, envuelta en la reverberación de su belleza irreal, semejante á una estatua de oro y alabastro, oculta al incendio solar en misterioso templete de verdura, hablaba



con el chiquillo, apenas un año mayor que ella. Hacía mucho tiempo que con instinto femenino adivinaba la pasión que Román abrigaba en el fondo de su corazón y con perversidades de gata, jugaba con él. Aquella tarde, Román Fuentes no pudo más, y de sus labios brotaron las palabras de pasión como un ardiente río de lava. Beatriz fué inexorable; rechazólo cruel, altiva y desdeñosa. Desde entonces la vida del pobre muchacho fué un calvario. Implacable, la ingrata no perdonó ocasión de humillarle, de zaherirle, de ofenderle. Hasta que al cabo de un año, perdida toda esperanza, vencido, incapaz de seguir, huyó á sepultarse en no sé que olvidado rincón.

Y hete aquí, que en la hora de la catástrofe, cuando los millones se habían evaporado, y la belleza se desmoronaba, y la posición no era más que humo que se desleía en el espacio, resurgió él. ¡Porque era él! Pese al nombre supuesto, pese á su fantástica tortura de *nabab*, pese al cambio operado en su persona, en cuanto se vió frente á frente reconoció en James Simson, el millonario, á Román. El adolescente vulgar habíase convertido en un hombre, marcado por un sello de distinción suprema, un hombre que llevaba en sí esa señal que imprime un llamado dolor que mina la vida. Estaba más alto y más delgado; pocas, pero profundas arrugas, cruzaban su rostro y entre sus cabellos, negros y abundantes, brillaban algunas hebras de plata. En sus ojos y en su boca había una tal tristeza, una amargura tan punzadora, que se adivinaba que toda su existencia estaba construida sobre una catástrofe.

¿La había reconocido él á su vez? Al hallarse ante ella ni un gesto, ni un fruncimiento de cejas, nada denunció asombro ni emoción. Inclínose ceremoniosamente y besó su mano; luego, con voz serena, habló de cosas indiferentes.

Pasado algún tiempo, comenzó á hacerla la corte, una corte discreta de tenorio corrido, que no hace cadetadas. Apasionada por el misterio, tentada por aquella máscara detrás de la que no sabía lo que había, dejóse ir ella, á un coqueteo de salón, primero, á un peligroso devaneo después.

Los acontecimientos se precipitaron. La ruina que parecía una amenaza lejana, alzóse enorme, formidable á su lado, y por fin, en el desmoronarse de todo, acababa de saber la víspera, que el destino de la antes poderosa casa de banca estaba en manos del desconocido Creso.

Una corriente de aire más fría la hizo estremecerse y volver la cabeza. Su marido.

Elegante, muy fino de raza, muy *chic*, muy

mundano, sonreía en la devastación que la vida tormentosa había puesto en su rostro. Vestido irreprochablemente, una perla en la pechera y un clavel en el ojal, parecía sereno, casi jovial.

Fanny habíase escabullido discretamente. El Conde de Carrión aprovechó para encarecer á su mujer:

—No dejes de hablar á Simson esta noche. Solo él puede salvarnos. Si pasado mañana en la liquidación de Bolsa, ven que él responde de nuestros créditos, estamos salvados; si no, pasado mañana hay que declararse en quiebra.

Ella, con un vago gesto de repugnancia, objetó tímidamente:

—Yo no sé si es delicado...

Rió el cínico...

—¡Ta, ta, ta!... Déjate de delicadezas... Créeme: si salimos adelante, todo el mundo nos encontrará perfectos; en cambio, si nos hundimos, aunque hayamos sido más caballerosos que Guzmán el Bueno y los de la Tabla Redonda, nos pisotearán...—Y como le pareciese que el ceño de su mujer en vez de desarrugarse, se fruncía más, apresuróse á recurrir á otros argumentos.—Además, créeme, al mismo Simson le conviene salvarnos; para el crédito de su casa, la quiebra de un banquero que tiene grandes intereses comunes con él, sería un mal.

Después, frívolo y galante, alabó:

—¡Estás elegantísima!

Y, él mismo, colocó sobre los hombros de Beatriz la enorme pelliza de chinchilla.

II

Julito, aseguró muy serio:

—¡La Peñalara está en la tercera época!—Y como Beatriz no pareciese comprender, creyóse en el caso de aclarar.—Sí; en la vida de las mujeres hay tres épocas: la primera, en que los demás quieren y no quieren ellas; la segunda, en que quieren ellas y los demás, y la tercera, en la que ellas quieren, pero los demás no. Y Elisa Peñalara está en la tercera.

La Carrión no parecía hacerle gran caso, preocupada como estaba con los manejos de Carolina Cortés, que desplegaba todos sus problemáticos encantos para acaparar á James Simson.

La fiesta llegaba á su apogeo. Acaba de comenzar el cotillón.

Sobre la fastuosa magnificencia del salón de baile, que con sus mármoles policromos y sus enormes lunas recordaba la galería de espejos de Versalles, bajo el triunfo de la aurora que, entre celajes irisados de oro, pintara Domingo en la bóveda, rodeada de enormes macizos de palmeras enguirnaldados de rosas y de orquídeas, las parejas giraban lentamente.

Beatriz se impacientaba. ¿Irían á vencerla á traición sin darle tiempo de luchar? ¡No, no, imposible! Lucharía y vencería. Al fin el banquero dirigióse á ella y la ofreció el brazo. Apoyada en él comenzó á cruzar los salones, una larga serie de portentosos aposentos, alhajados con raras obras de arte de valor inestimable.

Era preciso triunfar, iba pensando; era preciso que su belleza, el arma poderosa que junta con el dinero la ayudara siempre, saliese victoriosa una vez más; y era necesario, sobre todo, dominarse, ser dueña de la situación, no dejar que lo imprevisto, arrastrándola, cambiase el curso de las cosas.

Habían llegado á la *serre*, un bosquejo digno de Palas, con dioses de mármol semi ocultos entre los laberintos de palmeras y naranjos en flor. Allí, junto á una fuente en cuya clara linfa moría un cisne de mármol, sentáronse.

Tras un ligero divagar, el galán, volvió á su amorosa cantinela, á las frases de adoración y rendimiento. Ella escuchábale, casi ausente. Sin quererlo prestaba una atención casi dolorosa, queriendo sorprender en el sonido de aquella voz indiferente, el eco de otra voz que la adormecía en algunos momentos de dolor. Vencióse al fin y volvió á su papel.

—¡Bah! ¡qué puedo importarle á usted! Un capricho del momento y luego...

Con un sombrío sentido, que él sólo percibía, protestó.

—¡Un pasión, una gran pasión! ¡La pasión de toda la vida!

Siguió ella la ruta que le marcaba un pensamiento oculto.

—¡Quién sabe lo que durará toda la vida! ¡Hay tantas cosas que yo creía eternas y se han acabado ya!

Hubo una pausa. Al fin, la Carrión, tuvo un rasgo de audacia, uno de esos rasgos en que se juega el todo por el todo.

—¡Ah! ¡Si usted supiese James!...—Se detuvo, y con súbita resolución.—No sé por qué, es una cosa muy rara, pero su nombre me estorba para decir el fondo de mi pensamiento... ¡Se parece usted tanto a una persona á quien tal vez quise!... Se llamaba Román...—Y acariciadora,—¿Quiere usted que en la intimidad le llame así? Será un seudónimo para nosotros solos, un secreto entre los dos!

Espió su rostro. Nada. Permanecía sereno, sin que un gesto indicase emoción. Con calma absoluta, con una galante amabilidad superficial muy de salón, aseguró:

—¡Encantado! Los caprichos de las mujeres bonitas son órdenes para un Lovelace viejo como yo.

—¡Román! ¡Román! ¡Si usted supiese lo cruel que es la vida para mí!... ¡Estoy perdida, arruinada! Me hundo y...

Olvidó el papel, el lugar en que estaba, todo; y gimió:

—¡Qué desgraciada soy!

Había un dolor real y sincero en sus palabras. El caballero, que casi sonreía irónico, percibió el matiz y la miró. De pronto, como si por un extraño fenómeno anímico acabase de verificarse un cambio formidable en él, dijo resuelto:

—Aquí no es posible hablar. Venga usted mañana á casa ¿quiere?

Ella murmuró:

—Iré.

III

Ante la puerta de la casa del piso bajo que en la calle Ferráz habitaba Símsón, su pobre corazón, como un pajarillo, brincaba enloquecido. ¿Qué misterio de dolor le guardaba aquella casa?

Al fin entró, y después de atravesar la antesala, hallóse en el despacho. Era éste una habitación amplia, amueblada sin ostentación, pero con un lujo íntimo; lleno de moderno confort. Los muebles eran ingleses, tapizados de piel; grandes armarios con libros, corrían á lo largo de los muros; sobre el damasco verde oscuro que tapizaba la estancia, algunos, pocos, cuadros de maestros—un retrato de mujer firmado por Goya, una lección de anatomía atribuída á Rembrandt, dos paisajes de la escuela francesa y un Van Dyck—y sobre la chimenea un mármol de Cánova.

La figura cansada, pero llena de elegancia del potentado, destacábase á maravilla sobre aquel fondo; su cabello, más cano á la luz del día, era fino y abundante; sus ojos vivísimos y sus ademanes contenidos en una armonía perfecta. Parecía haber recobrado la calma por completo, y sentado á su lado, en el sofá, la oía en hombre de negocios.

Explicábase la Carrión trabajosamente. Estaban perdidos si alguien no venía en su ayuda... Beatriz él... interrumpió de pronto:

—¡Román! ¡Román! ¡Sálvanos, por Dios!...—y exaltándose—¡Porque tú eres Román, lo sé, lo adivino, lo sentí desde que te vi la primera vez!... ¡Román, Román, por Dios!

¿Teatral? ¿Sincera?... Román la contemplaba tratando de leer la verdad. Lloraba con violencia

pero secándose el interior de los párpados para no estropear el maquillaje. ¡Comedia! Ni una palabra de arrepentimiento, ni una frase de comprensión, ahora que sufría, para aquel dolor que hizo sufrir. Nada. El mismo abismo, en que no había más que vanidad. Sintió rabia, una rabia insensata contra sí mismo, contra aquel sentimiento, que pese á él, alentaba en el fondo de su corazón. Habló, duro, frío.

—Sí, Román, efectivamente, soy Román... Veo que eres buena fisonomista... Que quieres de mí... Gimió:

—¡Román, Román, sálvame y... haré lo que tú quieras!

¡Era demasiado! ¡Después de tanto tiempo el sarcasmo atroz de la venta innoble! ¡Negarse antes por amor y venir ahora á ofrecerse á cambio de los millones que amasara día tras día pensando en ella! Rabioso, exasperado, se puso en pie, y cogiéndola violentamente por las manos, la arrastró ante un espejo.

Habló ella. Su voz lejana, pasada por un tamiz de llanto, era como un tenue hilillo de agua.

—Gracias, Román, gracias por haberme enseñado la atroz verdad. Estaba loca y no me daba cuenta; ¡pasa el tiempo tan deprisa que, cuando nos vemos todos los días, no nos damos cuenta de que envejecemos!... Pero ahora ya lo sé, ya me he visto... No quiero tu dinero... ¿de qué me iba á servir?, ¡para prolongar una agonía de oprobio, de humillación y de tristeza!... Tienes razón, ya no encontraría más y... ¡no vale la pena!

Sonreía con una tristeza horrenda; el gesto de un abatimiento sin límites, subrayaba las palabras de renunciamento. Púsose en pie y caminó hacia la puerta.

—¡Adiós, Román!

El sentía que algo se desgarraba en su pecho. ¡Dios mío, por qué aquella mujer no haría un ademán de arrepentimiento ó simplemente de

derrota! ¿Por qué no lloraría en un abandono absoluto?

Veía evaporarse aquel misterioso sueño en que vivía; en la miseria y la tristeza el idilio que no pudo vivir en la juventud.

Pero Beatriz, glacial y altiva, caminaba hacia la puerta.

Al fin salió.

Entonces Román, trémulo, dejóse caer en una butaca y, ocultando la cabeza entre las manos, lloró amargamente.

IV

Como una sonámbula llegó á la ronda de Segovia.

Anochece; arriba, sobre la colina, surgía Madrid, claro y neto, como en un grabado del siglo xvii. En el cielo, muy pálido, los torreones destacábanse con limpidez extraordinaria, y de trecho en trecho, algunas luces comenzaban á brillar. Al otro lado, el río, del que se alzaba leve neblina, tenía á trechos un aspecto pintoresco con sus lavaderos y tendedores de ropa; á trechos misterioso y trágico. Detrás, los arrabales con sus innobles merenderos, y al fondo, sobre la bóveda pálida, los cipreses del cementerio.

Beatriz buscó un sendero por donde llegar al Manzanares. Al fin lo halló y acercóse al agua. Sus zapatos de charol, hebillados de brillantes, se llenaban de arena y su vestido se desgarraba en los arbustos salvajes.

¿Para qué sobrevivir á la ruina de su belleza, de su

fortuna, de su posición? Morir era reposo, era olvido.

Llegó junto al río; en aquel lugar, el agua hacía un remanso más profundo, rodeado de altos juncos. Estaba lleno de líquenes y musgo, y la Carrión pensó: «¡un poco sucio el lecho, pero qué importa si no he de despertar jamás!» Después dió un paso y dejóse caer en el agua.

V

La luna surgió, blanca y redonda, en el cielo azul; uno de sus rayos acarició la máscara lívida que flotaba en el agua. Una rana cantó en la orilla.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

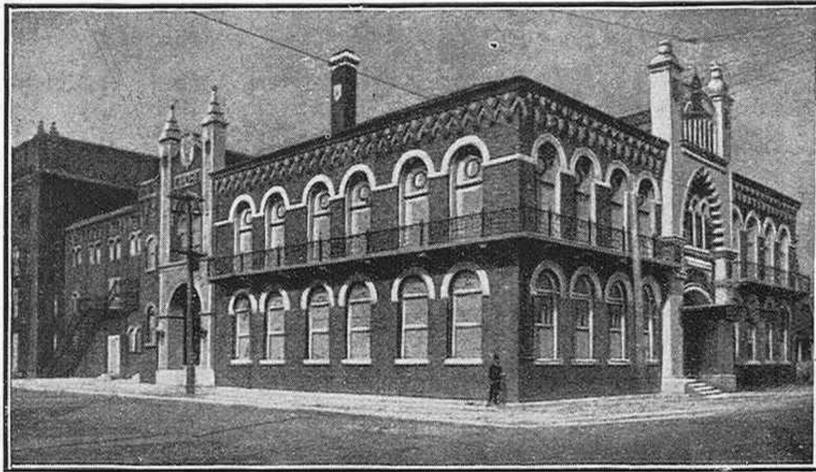
DIBUJOS DE ECHEA



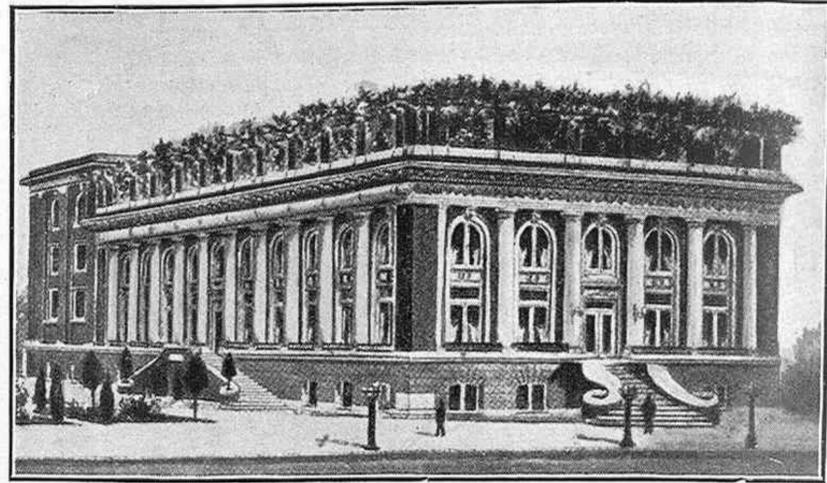
—¡Mírate! ¡Mira lo que vienes á ofrecerme. mira, pero mira—repitió, sacudiéndola con ira:—mira esa cara marchita, mira esos ojos que se apagan, y esos labios llenos de pintura, y esas mejillas llenas de arrugas, que no se ven, pero que están ahí, que las ves tú, que las veo yo!... —y con sarcasmo—¡y eso es lo que vienes á venderme!... Sí, lo compro, sí, pero no lo quiero... ¡Lo compro por caridad, por compasión, por lástima! ¿Oyes? ¡Por lástima! ¡Pobre mujer, de qué poco te va á servir! Para prolongar unos días ó unos meses tu agonía... Tu marido es un imbécil y perderá eso como ha perdido lo demás y tú... ¡mírate, mírate bien, es la última venta!

Lívida, el rostro atrozmente devastado, los labios crispados y los ojos dilatados de angustia, Beatriz retrocedió, huyendo del espejo. Dejóse caer en el sofá y permaneció unos instantes sombría, reconcentrada. El, de pie, los brazos cruzados, esperaba.

## ESPAÑOLES EN AMÉRICA: LOS DE TAMPA



Edificio del Centro Español, de West Tampa



Edificio del Centro Asturiano, de Tampa

Como españoles y como hombres, dos cosas de la vida americana nos importa especialmente conocer: las manifestaciones originales, de un empuje asombroso muchas veces, que en el orden económico y cultural nos ofrecen las naciones de habla castellana, y lo que en muchas esferas de la actividad social significan y hacen allí nuestros compatriotas.

De esto último, apenas si sabemos nada en la Península; por que no es saber de las cosas tener de alguna de ellas, una vaga noticia, que muy pocos podrían concretar en datos seguros. Y esta ignorancia nace — no obstante los frecuentes banquetes y los fuegos artificiales de la oratoria de ocasión, — de que aún no ha llegado a interesarnos la «nueva España» que en tierras de América significan nuestros emigrantes, y como no nos interesa, no ponemos atención al palpitar de su vida, ni a sus requerimientos incansables. Algún español-argentino, que ha estado entre nosotros no hace mucho, pudiera decir bastante de esa indiferencia, que, á veces, casi tiene la apariencia de hostilidad.

Y, sin embargo, ¡cuánto nos importaría mirar hacia esa «colonización libre», que no sólo va llevando alma española á las naciones hermanas por el lenguaje y la civilización, sino que se extiende por toda la América y arraiga y logra prosperidad (ó por lo menos, mantiene su nota propia, sin rendirse á la absorción) en medios sociales muy diferentes del suyo, y aun contrarios! Este solo hecho — los 20.000 españoles de Los Angeles, los varios miles del Canadá, la colonia escogida y briosa de California... — bastaría para despertar interés en un pueblo que tuviese ideal, confianza en sí propio y ambición de ser algo en el mundo.

Por que no significa tan sólo ese hecho la vivacidad de la raza (aceptemos provisionalmente el vocablo) y la posibilidad de influir en países extraños, sino también — y esto importa mucho para nuestra propia educación, — la existencia, en el fondo de nuestro espíritu, de cualidades y aptitudes que aquí, en la madre patria, ó no le reconocemos ó no fructifican, pero que son nuestras, puesto que en nuestros hombres se dan inmediatamente que la ocasión las evoca.

¡Y no digo nada de lo que son y de lo que representan los españoles en donde hallan desde luego habla común y un sentir general acorde con el suyo! ¡Lo maravilloso es que hagan lo que hacen desatendidos casi en absoluto por la patria! ¡Qué no podrían hacer si les atendiéramos y les ayudáramos en lo que nos corresponde, oficial y socialmente! ¡Cuánto más útiles no serían para el país en que viven y para la España de donde proceden, á la que tantas buenas cosas son capaces de enseñar, y, aun así y todo, enseñan, mal que pese á muchos!

Pero yo no escribo estas cuartillas para llenarlas de lamentaciones, sino para presentar ejemplos; y dado que todos los que conviene divulgar no caben en un artículo, escojo hoy uno que ofrece actualidad, dejando para nuevas ocasiones otros de alta significación.

Los que han leído algo de historia española en América, saben lo que en la epopeya de nuestros descubrimientos representó la Florida, tierra ingrata para nosotros; cuna de la odisea de aquel Alvar Núñez Cabeza de Vaca, cuyo admirable tesón debiera ser familiar á nuestra niñez para tonificarle el alma; tierra de extraños y variados destinos, que, con importarnos no soltar-

la, más que otras quizá, al fin se nos escapó torpemente de la mano.

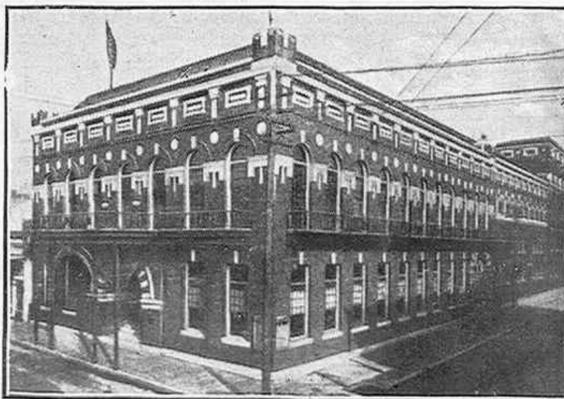
Pues ahí, en esa Florida, de la cual dos nombres, han sonado muy á menudo en nuestros oídos, Tampa y Key West, hay también colonia de españoles, digna de ser loada por sus iniciativas, que el reducido número de sus componentes avalora más y más.

Esas iniciativas parten de 1891. La hostilidad que por entonces se sentía y se expresaba allí duramente, no pocas veces, contra los españoles, les movió á agruparse; y en número de unos 300 (sin que se pueda decir que fueran estos ó no los únicos compatriotas residentes) fundaron en Tampa un Centro, de cuyo estatuto reglamentario quiero copiar dos artículos: uno, el séptimo, demuestra de modo valiente el españolismo acendrado de nuestros emigrantes, y dice así: «Para ingresar en esta Sociedad es preciso que el aspirante sea español de raza y sentimientos, ó simpático lealmente con España y su prestigio en América.» El otro, marca la finalidad inicial del Centro: «Proporcionar instrucción y honesto recreo á los miembros que lo componen, á los cuales protegerá por todos los medios á su alcance, en las contingencias á que pudieran verse expuestos por su condición nacional, siempre que no sean ocasionadas por conducta ó hechos deshonorosos.»

Vése aquí, en este artículo, al lado de la necesidad circunstancial de la defensa contra aquella hostilidad ya referida, el señalamiento de dos fines esenciales en toda agrupación española de América: el social y el cultural. Todo Centro, todo Casino, piensa en distraer á sus socios, en crear relaciones sociales entre ellos, pero también en fundar escuelas. Y juntamente con esto, apunta enseguida á la necesidad del socorro mutuo de orden económico, creando el órgano pertinente. En Tampa fué, por entonces, una Sección de Beneficencia, que después (en 1912) se ha reforzado con otra llamada de Protección y Auxilio, administrada autónómicamente.

De la influencia que desde luego adquirió el Centro, da idea este párrafo de un documento reciente: «Las violencias contra los españoles disminuyeron en gran manera; la tranquilidad en el trabajo y en las otras manifestaciones de la vida, aumentó, y hasta en el período álgido de la guerra, se obtuvieron garantías del gobernador para que los españoles pudiesen seguir viviendo aquí.

Hasta 1898 continuó prosperando la Sociedad. La guerra de aquel año produjo la natural crisis,



Edificio del Centro Español, de Ybor City

vencida la cual, en 1899, ya el Centro contaba nuevamente con más de 300 socios. Desde entonces, el desarrollo de sus iniciativas y de sus beneficios, ha sido enorme, no obstante la escisión que en un principio se produjo en la colonia.

A semejanza de lo hecho por los españoles de la Habana, los de Tampa, construyeron su Sanatorio, hermoso edificio de tres pisos, dotado con todos los medios técnicos que el progreso de la medicina, la cirugía y la higiene aconseja. Se comenzó á construir en 1904 y en 1906 quedaba terminado. Una lápida conmemorativa dice: «Erigido por el Centro Español de Tampa, para bien de la Humanidad y honra de la Patria». Situado cerca de la bahía, en un terreno alto y ligeramente inclinado hacia el mar, abarca un paisaje delicioso, confortador del ánimo y colaborador de la salud. Los enfermos que por la condición de su mal no se curasen allí, pueden, en virtud de contrato celebrado por el Centro, ir á la gran Quinta de Salud, de la poderosa Sociedad de Dependientes de la Habana.

Los socios con dos años de antigüedad, tienen derecho al pasaje gratis para España, si necesitan cambiar de clima; y los que además se inscriben en la Sección de Protección y Auxilio, disfrutan del pago del viaje y una pensión de 15 pesos mensuales.

Destruído el antiguo edificio de la Sociedad, se pensó en construir uno nuevo en 1907. La plétora de vida de nuestra colonia, se manifestó en el acuerdo de construir dos: uno en Ibor City y otro en West Tampa. Comenzó su construcción en 1912 y ya están terminados. Su inauguración oficial, con asistencia de nuestro actual embajador D. Juan Riaño, se verificó en Mayo último. Ambos edificios han costado más de 150.000 pesos. En ellos hay teatro con todos los adelantos modernos, grandes salones y biblioteca.

Pero no se agotó con esto la actividad de nuestros compatriotas. Creada en 1902 una Delegación del Centro Asturiano de la Habana con 546 socios, prosperó tanto, que pronto recabó su autonomía. En 1904, emprendió la obra de un Sanatorio para uso exclusivo de sus socios; en 1908 levantó edificio propio, que el fuego destruyó totalmente en 1912. Pero la energía de los asturianos de Tampa, no se deja vencer por las contrariedades; y así, no obstante la pérdida de 75.000 pesos que aquel accidente representó, y el fomento de las diferentes Secciones de Recreo, Declamación, Canto, Instrucción etc., y de la Caja de ahorros (con un movimiento de fondos, esta, en cinco años, de 500.000 pesos) han emprendido la construcción de un nuevo edificio, subastado en 100.000 pesos.

Y todavía podría citarse si hubiese para ello espacio, la «Sociedad española de Socorros Mutuos», creada en 1888; «Los Previsores del Porvenir» con 340 asociados en 1912; la Sociedad de Socorros «La Concordia» y otras manifestaciones interesantes del empuje social é industrial de nuestros compatriotas.

De intento no he querido citar ningún nombre. Todos los que en estas grandes empresas pusieron su entusiasmo, lo hicieron, no por vanidad personal, sino por patriotismo y por espíritu humanitario. Su mayor gloria es el éxito de la obra de que fueron devotos, y España les debe un aplauso.

RAFAEL ALTAMIRA



TENEDOR DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA, DE ARANDA DEL DUERO (BURGOS)

FOT. VADILLO

LA ESFERA  
EL TEATRO DE LOS NIÑOS EN INGLATERRA



Las fiestas de Navidad son ocasión en Inglaterra de gran regocijo para los niños, pues aparte de que durante la *Christmas season* menudean los regalos, las empresas teatrales ponen en escena, á todo lujo, divertidas pantomimas, encanto y deleite de la gente menuda. La de mayor éxito del año ha sido una que lleva por título *La z'gala sin corazón*, basada en el conocido cuento de Andersen, y de la que reproduce nuestro grabado la escena en que huyen la heroína y sus amiguitas á través de los tejados cubiertos de nieve.



CUANDO hace dos años el doctor Amalio Jimeno, ministro de Instrucción Pública en aquella fecha, empezó á interesarse por la fundación del Teatro nacional, me permití expresar mi desacuerdo con el proyecto, invocando dos razones: la primera y más atendible, porque el Teatro nacional está ya creado; la segunda y más frágil porque yo dudo de que la producción dramática contemporánea española nos consienta envanecer nos de haber cercado el arte escénico con las fronteras del idioma castellano, aislándolo del resto del mundo. He creído advertir, por otra parte, en las definiciones del Teatro nacional, corrientes, alguna ambigüedad. Para muchos, para la mayoría de los escritores, el Teatro nacional equivale á cierto proteccionismo, al estilo aduanero, de cuanto bueno y malo sale de la fantasía de los dramaturgos españoles, con exclusión total de lo exótico, es decir, de lo que pueda venir á nuestra escena de fuera. Si esa corriente prevaleciese y el poder público la adoptara como criterio, quedarían proscriptos del teatro español todos los nombres gloriosos que vienen sonando desde Grecia hasta nuestros días. Se les rehusaría el derecho de asilo á Sófocles, Esquilo, Eurípides, Aristófanes, Plauto y Terencio, Shakespeare, Moliere, Corneille, Racine, Schiller, Goldoni, Ibsen, Hauptmann, Dumas (hijo), D'Annunzio y á todos los grandes espíritus que han renovado la emoción dramática al través del arte y del tiempo, criterio prohibitivo que sólo puede ser defendido por la estéril mediocridad de ciertos pobres diablos á quienes la irónica indulgencia de la crítica ha expedido el título de escritores. Se pretendería, á haber triunfado el proyecto del doctor Jimeno, que en la escena española solamente alternasen algunos nombres, como los de Lope, Tirso, Calderón, Vélez de Guevara, Guillén de Castro y tal vez Jiménez Enciso, admirables supervivientes de la tradición dramática nacional, en el mundo del arte, con la turbamulta de ingenios ramplones y soporíferos de nuestro tiempo, que por el hecho de expresarse en un idioma que recuerda á ratos el castellano, se consideran con derecho á imponernos la dictadura de su vulgaridad mental. No; eso no podía ser y no fué. El Sr. Alba, cuyo espíritu es una afortunada aleación de talento y de sentido de la realidad, sucesor de Jimeno en el Ministerio de Instrucción Pública, desvió prudentemente su atención de aquel proyecto, por entender que otras necesidades culturales, más apremiantes, la reclamaban, y el proyecto de fundar un Teatro nacional, quedó por el momento relegado al olvido. El Sr. Alba prefirió aplicarse á unificar la legislación de la enseñanza, lo cual es, en España, como retar al caos, y favorecer la importación de iniciativas pedagógicas, ya acreditadas en el extranjero, y de posible adaptación en nuestro país, á malgastar tiempo y dinero en atender el vocerío de un puñado de dramaturgos agraces, más impacientes por airear su vanidad que de ver resuelto el problema cultural de su patria.

No hay, no puede haber un Teatro nacional, á expensas del Estado, porque la acción tutelar de éste no debe extenderse al arte más que en cierta medida. Si el arte es, como parece, una necesidad indi-



MLLE. MONNA DELZA  
Eminente actriz francesa, del Gymnase, de Paris

vidual, y si por obra del progreso llegara á devenir una necesidad social, el individuo y la sociedad son los llamados á fomentarlo con su aplauso y su dinero. Después de todo, el incremento, la plenitud del arte dramático español, en el siglo de oro, no fueron promovidos por el calor oficial, aunque la corte los favoreciese con innegable largueza. A aquella exuberancia coadyuvaron, de un lado la fertilidad intelectual ó imaginativa si se quiere, de un grupo de ingenios y el entusiasmo popular, propenso á enardecerse en el teatro. En todo tiempo ha sido el pueblo y no el Estado, quien ha dado impulso á la escena. Grecia otorgaba honores á los dramaturgos, pero, no hizo del arte escénico una provincia de la burocracia. No se sobrentienda de lo dicho, que al sostener nosotros que el Teatro nacional está fundado ya, como se demuestra con el testimonio de nuestros grandes autores del siglo de oro, condenamos á la impotencia á los dramaturgos de nuestro tiempo ó vemos con menosprecio su obra. No es eso; lo que pretendemos decir, es que el fondo tradicional del alma española no ha menester ser descubierto ahora, puesto que nos lo revelaron aquellos hombres. Lo permanente de nuestra sensibilidad y lo indestructible de nuestro carácter allí están, en aquel teatro que hoy acoge nuestro público con tedio, acaso porque el espíritu colectivo empieza á interesarse por otras cosas que no sean la bravura, la fe religiosa, el culto del honor, la fiebre aventurera y el verbalismo brillante y sonoro, que constituyeron, por decirlo así, el entramado del teatro español.

Si el alma se renueva, debe renovarse el arte—se nos dirá.—Ciertamente; el teatro nacional no puede nutrirse exclusivamente de la savia tradicional. El descrédito de la musa dramática del Sr. Echegaray, no es en puridad otra cosa, que el resultado de una renovación del gusto colectivo, reflejo de una transformación interna de la sensibilidad y de la intelligen-

cia del pueblo. Es evidente, que algo de nuestro pasado espiritual sobrevive en nosotros, pues, la voz de los muertos no se apaga tan fácilmente, ni el fuego de las razas se extingue tan pronto. Lo que importa, pues, es que ensamblando y fundiendo si fuera posible, lo viejo y lo nuevo de nuestra sensibilidad, se nos dé un teatro fiel á la vida y si no muy sobrecargado de preocupaciones filosóficas, con algo del contenido moral de nuestro tiempo. La frivolidad, aunque se localice en el pueblo, es siempre frivolidad. Excelente campo de experiencia para ese arte de conciliación entre el pasado y el presente de la raza, podría ser el Teatro popular. En este empeño, menos ambicioso que el de la fundación del Teatro nacional, no sería, ni mucho menos, ociosa la intervención del Estado, de la única manera que, á nuestro juicio, puede y debe interesarse en el caso actual; aportando recursos materiales, en la medida que consienta el Erario público, al sostenimiento de la obra. El Municipio de Madrid, por su parte, lejos de poder eximirse de mediar en la empresa, está obligado imperiosamente á alentarla, y hasta á tomar sobre sí la responsabilidad de la reorganización. No se le va á pedir dinero, sino buena voluntad, un cierto desprendimiento puramente espiritual, sin el que no es posible reali-

zar nada útil en el mundo. El Ayuntamiento dispone de un teatro, el Español, y lo subvenciona parvamente pero con regularidad. Pues, bien; que reclame, con la colaboración de los dramaturgos, la atención del Estado para ese teatro y que luego, solicite otra ayuda más eficaz, que no habría de faltarle si se procede en serio. La situación actual del teatro Español, sin ser bochornosa, no es para envanecer nos. Las temporadas se arrastran lánguidas y precarias, sin gran honor para el arte y sin muy saneado provecho para los artistas. Aquella casa está pidiendo á voces obras de restauración que la adecenten y una dirección que agrupe elementos escénicos, bien seleccionados y los discipline con severidad. Como medida previa, hay que librar de trabas á la compañía que se instale en el Español, sin obligarla como ahora, á confinarse dentro del repertorio nacional. Es menester ir pensando en organizar el Teatro popular, sin someterse inflexiblemente á las normas escénicas de la tradición; un teatro en el que alternen todos los grandes autores, antiguos y modernos, desde los trágicos griegos hasta Galdós y Benavente, pasando, ni que decir tiene, por otras literaturas que nuestro público ignora, lo que equivale á ignorar cómo se siente, se ama, se sufre y se piensa fuera de España. El Teatro popular, así entendido y organizado, puede ser una escuela de cultura y de tolerancia. No abordamos una quimera, sino una empresa posible y fácil. No se le van á exigir á nadie grandes sacrificios, sino una cierta docilidad ó un plan, que no es el cronista de LA ESFERA quien va á concertarlo, sino á exponer la necesidad de que se organice. Otras voces más autorizadas que las nuestras se harán oír, y si el ministro de Instrucción pública y el alcalde de Madrid se decidiesen á tomarlas en cuenta, puede que se llegase á la creación del Teatro popular en breve.

MANUEL BUENO

# ESCULTURAS DE NIEVE

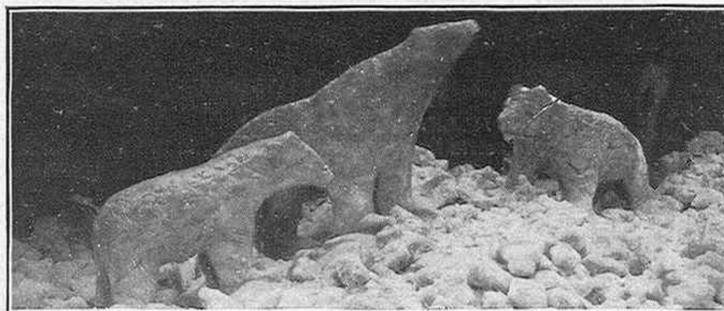


Aspecto que ofrecía el Retiro, de Madrid, durante la gran nevada del día 17 del actual

FOT. SALAZAR

Los temporales de nieve, generales en Europa, no sólo han traído un recrudescimiento de las aficiones deportivas relacionadas con el hielo, sino servido de pretexto para la exhibición de aptitudes artísticas, allí donde las nevadas, persistentes y copiosas, dieron primera materia abundante al celo de los improvisados modeladores.

No se ha distinguido Madrid en este particular, aunque á raíz de la gran nevada de días pasados, fueran numerosas las esculturas que de tan frágil material, surgieron como por arte de encantamiento, en el Retiro y en algunas principales vías de la Corte. Infantiles esbozos mu-

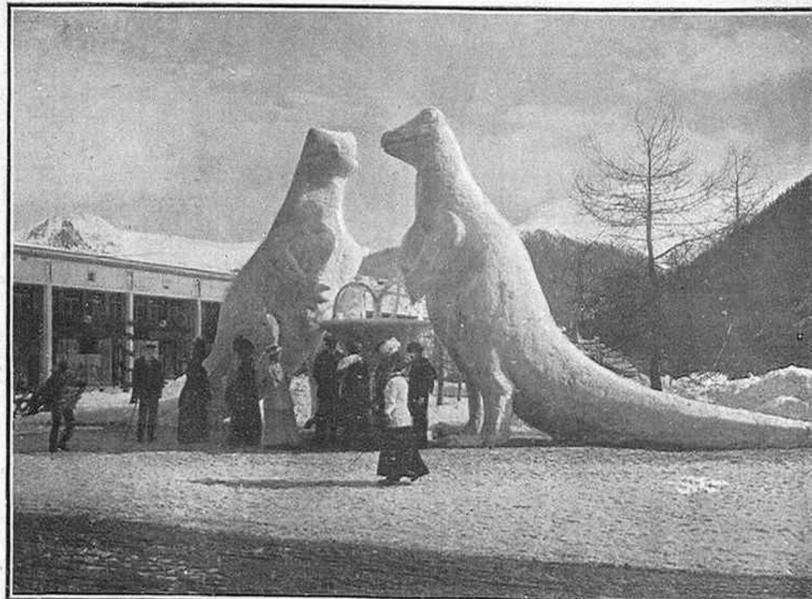
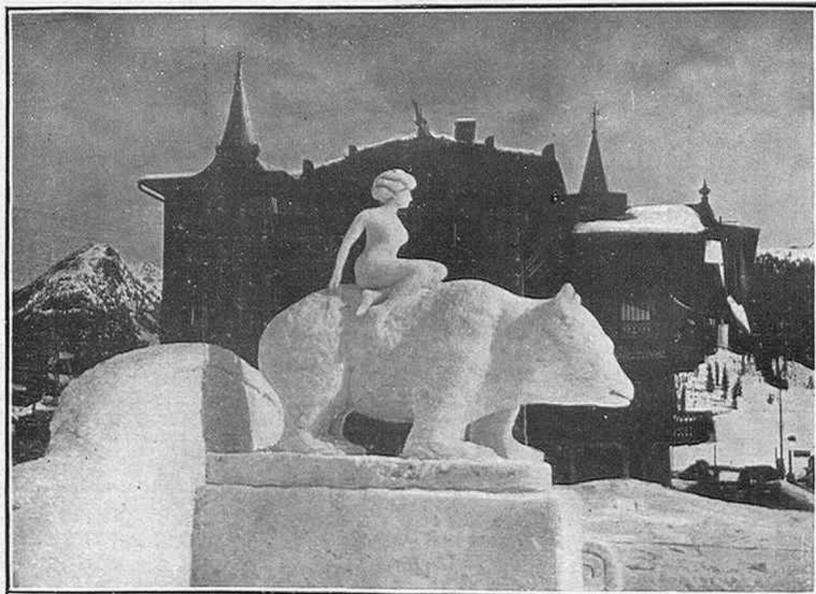


Grupo de osos blancos, hecho con la nieve en Braunlag (Alemania)

FOT. HUGELMANN

chas de ellas, apenas si dos ó tres merecieron los honores de la admiración pública.

En cambio acusan una grande y sólida educación artística popular; las que reproducimos en esta página, y que se refieren á impresiones recogidas por la cámara en diferentes capitales del extranjero. Más que deleznales estatuas de agua congelada, parecen verdaderas obras de arte, hechas para conservarlas entre las verdes frondas de un parque aristocrático ó de un jardín de plantas. Los osos de Braunlag y los grupos de Davos son obras verdaderamente maravillosas.



Dos grupos escultóricos monumentales, hechos por los turistas en Davos, la estación de invierno suiza

FOTS. TRAMPUS

# Ciudades viejas de España

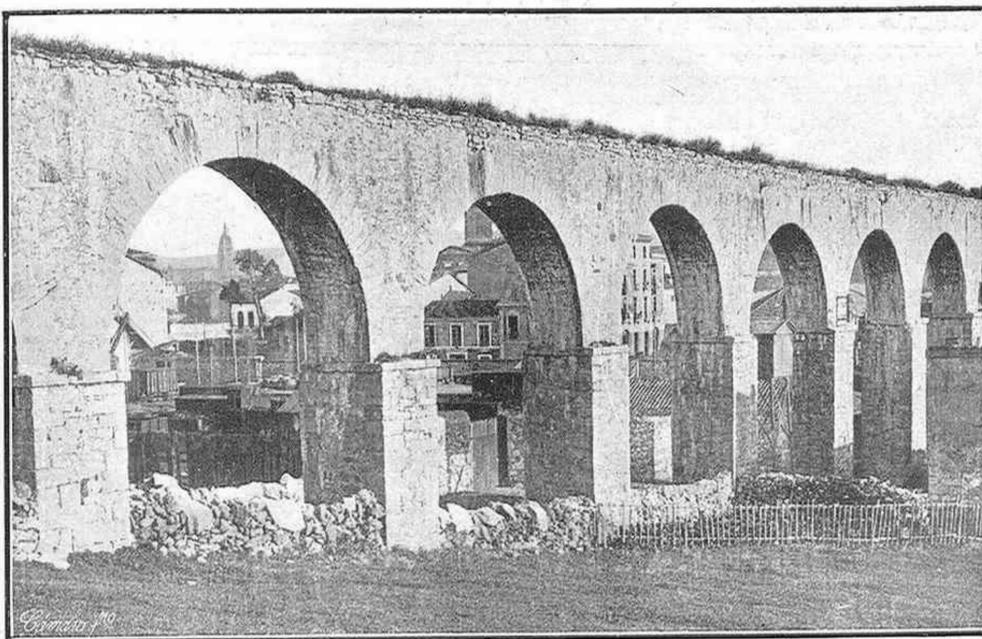
## OVIEDO

En un día de sol doy con mis huesos pecadores en la vieja capital asturiana. Y el sol me desconcierta como á las brujas. Sueño con la *Vetusta* de Clarín; veo en mi fantasía la ciudad al anochecer; quiero creer que llueve tenaz y persistentemente; oigo, por anticipado, el traca-traca de los pesados zuecos. Se me figura que, al toque de oración, salen de los palacetes, de las casonas, viejos venerables alumbrados por los faroles, para que no tropiecen con su arquitectura desvenecijada en los chinarrros de las rúas.

Y estoy levemente desorientado. Es el castigo de todos los que viven más en los libros que en la realidad. El coche del hotel me lleva por la calle de Uría, por el Campo de San Francisco. Se me antoja pensar que me he equivocado y que Oviedo es un arrabal de Gijón. La torre gótica de la catedral, que he visto, á lo lejos, por el valle, desde las ventanillas del tren, me reconforta un poco. Donde hay una catedral, siempre hay que ver algo. Luego descubro murallones rotos de la vieja cerca; después, una casa señorial, espaciosa y grande. La Universidad, con su aspecto de edificio clerical, con su fachada dórica, tiene todas mis simpatías.

Y me dispongo á ver Oviedo con calma, con reposo. Uno de los mayores placeres que puedan saborearse en una ciudad desconocida, es el de callejear. Callejeo á mi sabor. No son ajenas á mis descubrimientos las ovetenses. Un buen edificio humano me interesa más que un buen edificio de piedra. Y así, de Oviedo, las dos notas que persisten en mi espíritu con más viva intensidad son, la visita á la hermosa Basílica y una chiquilla rubia, muy guapa, que marchaba por el paseo del Bombé, á la caída del sol.

La catedral de Oviedo, tan rellena de historia, cuna de nuestro pueblo, uno de los primeros templos que nuestros reyes levantaron, con sus piedras negras, produce, á primera vista, un efecto deslumbrador. El pórtico está formado de tres arcadas ne-



Antiguo acueducto de Oviedo

gras que se corresponden con las tres naves. Mayor que sus hermanas es la arcada del centro, y más esbelta y airosa, sobresale en los arcos la ojiva; eclases de aristas en las bóvedas; lindos bordados de piedras reciben el beso del sol en los tres portales de la entrada. Las esculturas no valen cosa mayor; asoman su busto Don Fruela y Don Alfonso el Casto. El interior de la basílica es agradable sin ser grandioso. Muy bonita la sala capitular, y en el archivo, inmediato, nos enseñan y tocamos con cierto respeto varios códices: el libro Becerro, la Regla Colorada, el testamento de Don Alfonso el Casto.

A la salida, torna á sugestionarme la hermosa torre. Arranca de los contrafuertes del atrio y se eleva después, solitaria, desde el segundo piso. Vuelvo á acordarme de Clarín. Me imagino al canónigo Pas, subiendo á la pingorota de la torre, marcando con su robusto brazo en cruz, los hoteles de los indios del campo de San Francisco. El buen canónigo rie beatíficamente. ¿Cuál sería el confesiona-

rio de la Regenta? ¿Aquél desvenecijado de la derecha, que estaba junto á una capilla? ¿Aquél otro, gótico, señorial, estampa inglesa de una novela de Walter Scott, de la izquierda?

Y continúo mi excursión. Son muy típicos los alrededores de la Catedral. La plazoleta que le da frente, con sus portales, con sus casas viejas y simétricas, produce la impresión de una plaza castellana. Husmeo otras iglesias: el convento de Santa Clara, la iglesia de San Isidoro, de los jesuitas. El antiguo palacio de los Quirós, que es hoy la Audiencia territorial, tiene también un grato sabor castizo. Y concluyo mi excursión mañanera en la Universidad.

Pregunto, naturalmente, que dónde explicaba sus lecciones de Derecho Natural Leopoldo Alas. Un bello satisface mi curiosidad. Luego me hablan de ciencia, de sociología, de seminarios alemanes, de disciplina mental; escapo del chubasco como puedo. Creo fervorosamente en la gloria de la Escuela Asturiana, pero, para que retofie la

sombra de los Jovellanos, de los Campomanes, de los Feijóo, de los Argüelles, de los Toreno, yo pediría humildemente que los profesores no estuvieran dotados del don de la ubicuidad y que viviesen más en el sillón augusto de sus aulas, que en la silla, un poco vulgar, de las oficinas burocráticas.

Después, en días sucesivos, refresco mis impresiones de Oviedo; hago amistad con el conserje del Casino; conozco á unas abonadas que se sientan junto á mi butaca, en el Teatro Campoamor, oyendo operetas á una Compañía italiana bastante mediocre; conozco las horas en que está más agradable el paseo Bombé. Y no vuelvo á ver á la rubia del primer día. Las bellezas locales, como los edificios, deberían estar enclavadas en un sitio determinado, pasear por el centro tantas ó cuantas horas y anunciarse previamente. Nada tiene mayor encanto que el resplandor de unos ojos azules que nos acarician unos días y que no tornaremos á ver jamás.

José SÁNCHEZ ROJAS

## VERDADERA EXPOSICIÓN DE MUEBLES

# RIESCO

PREMIOS EN VARIAS EXPOSICIONES

MADRID 1907

PREMIO DE HONOR :: PREMIO DE MÉRITO

:: SEIS PATENTES DE INVENCION ::

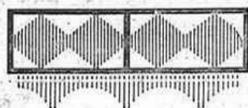
ZARAGOZA 1908

GRAN PREMIO :: DIPLOMA DE HONOR

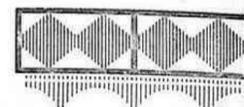
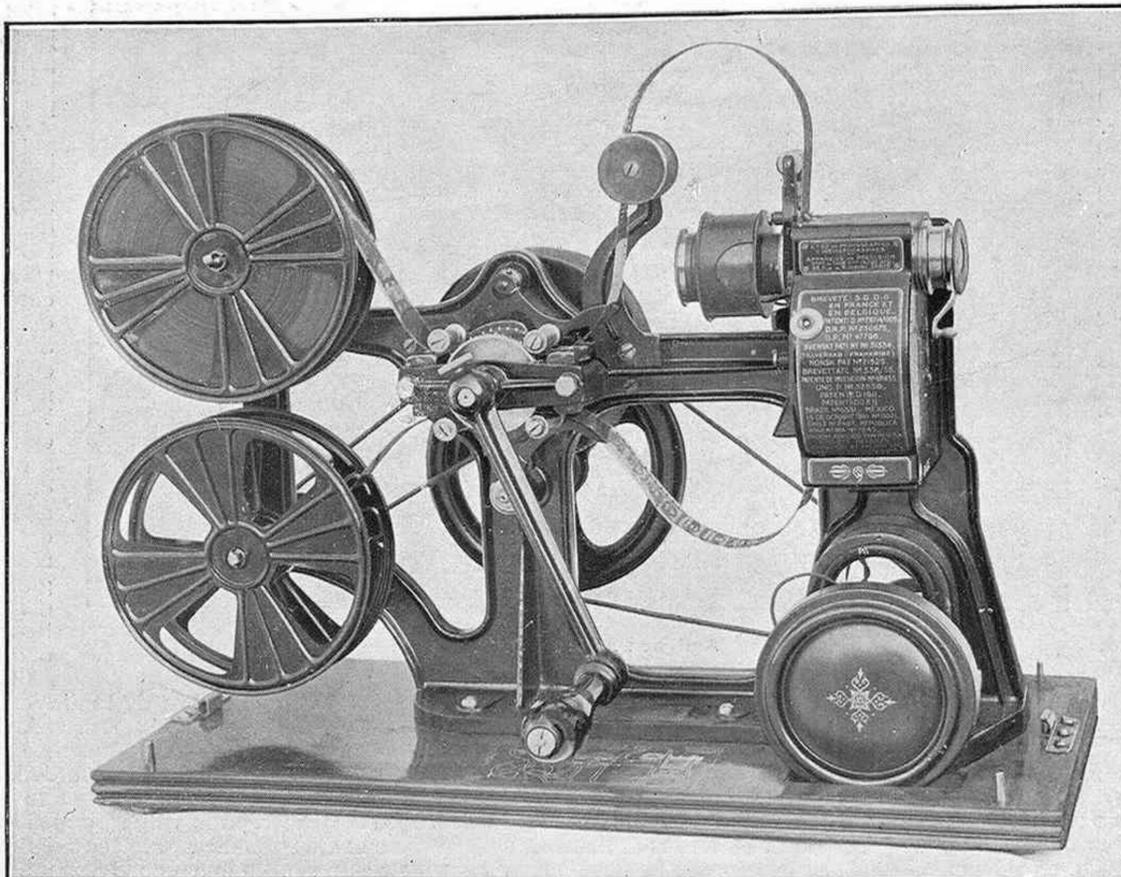
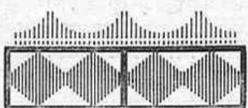
— Muebles patentados de cristal —  
Colgaduras privilegiadas de encaje  
Muebles de todas clases \* Tapicería

EXPOSICIÓN: ALCALÁ, 35 • MADRID •

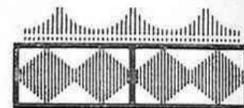
# EL CINEMATÓGRAFO EN CASA



No necesita instalación especial; no exige operador: un niño puede manejarlo sin el menor peligro



Las películas son incombustibles. Puede enchufarse á la instalación de una bombilla eléctrica corriente y puede manejarse :::: á mano ::::



Aparato cinematográfico KOK

Agentes exclusivos para España y Portugal: **VILASECA Y LEDESMA**, Mayor, 18, entl.º

## La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL  
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

DIRECTOR  
FRANCISCO VERDUGO LANDI  
GERENTE  
MARIANO ZAVALA

Número suelto: 50 céntimos  
Se publica todos los sábados

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	EXTRANJERO
Un año. . . . . 25 pesetas	Un año . . . . 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

### PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::::

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

HEMOGLOBINA  
ASIMILABLE  
**STENGRE**

Poderoso reconstituyente de la sangre  
Estimulante de las funciones digestivas  
Hace recobrar muy pronto el apetito  
Normaliza el estado general

R. STENGRE  
FARMACÉUTICO  
CARTAGENA

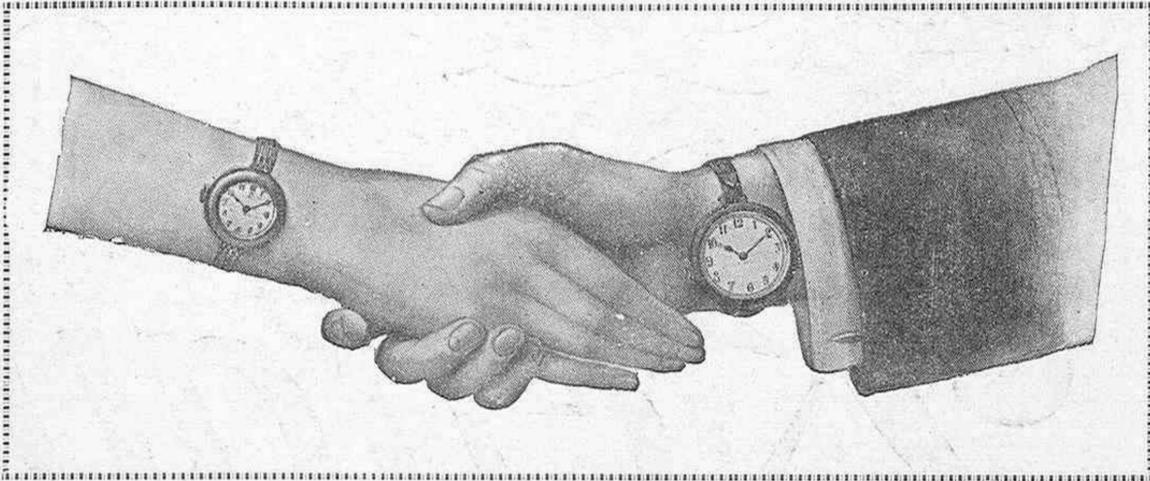
Venta en todas las farmacias de España

# Fábrica de Relojes de CARLOS COPPEL

MADRID: CALLE DE FUENCARRAL, N.º 27



La casa Coppel garantiza la buena marcha de todos los relojes de su fabricación, acompañando á cada uno un Certificado de Garantía



Las pulseras para esta clase de relojes están fabricadas por un novísimo procedimiento, merced al cual se adaptan perfectamente á la muñeca, sin necesidad de broches ni sujetadores



**Gran surtido en Relojes-pulsera en platino, oro, plata y oroxil (imitación oro)**

La Casa COPPEL es proveedora de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra, de los Cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, y de muchas otras entidades importantes.

CATÁLOGO GRATIS  
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

**CARLOS COPPEL.—Fuencarral, 27, Madrid**

## INSTITUTO ESPAÑOL SEVILLA



**Perfumes marca "ANFORA"**  
LOS MAS SELECTOS

## ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

TÓNICO  
DIGESTIVO  
ANTISÉPTICO



**Estimulante, Nutritivo y Eficacísimo**

para curar todas las afecciones del estómago,  
de los adultos y de los niños.



De venta en todas las Farmacias del mundo, y Serrano, 30

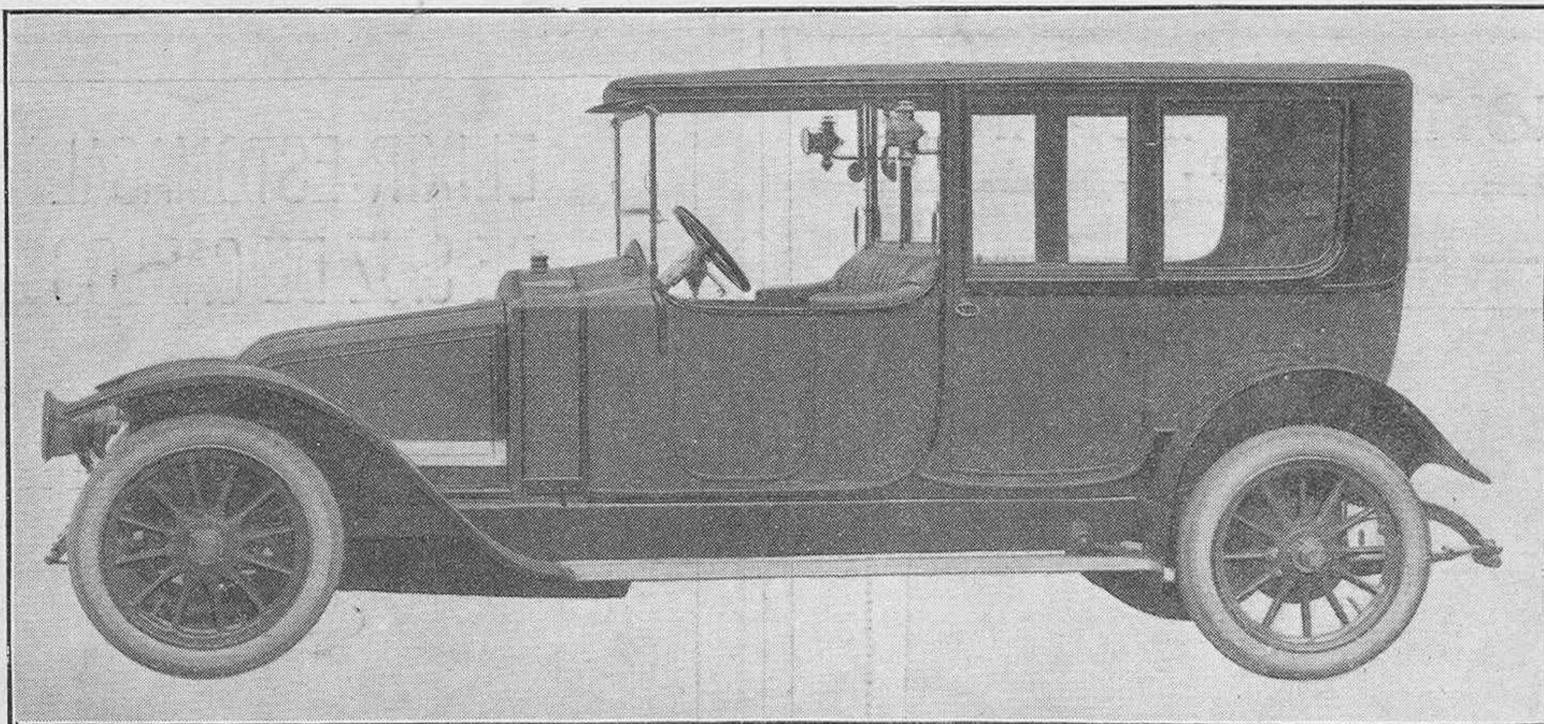
Se remite folleto á quien lo pida

**AUTOMÓVILES**



# Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



Carrocería Limousine sobre chasis RENAULT 1914

**COCHES PARA  
GRAN TURISMO  
SPORT  
POBLACIÓN**

**ELEGANTES  
SENCILLOS  
CONFORTABLES  
GRAN DURACIÓN**

*Pedir los catálogos de 1914*

FALLERES Y GARAGE: AVENIDA PLAZA TOROS, 9

SALÓN DE EXPOSICIÓN: ARENAL, 23, MADRID

IMPRENTA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

